

BOLSIBROS BRUJERA

la conquista del
ESPACIO

TERROR EN ORBITA

curtis garland

CIENCIA FICCION



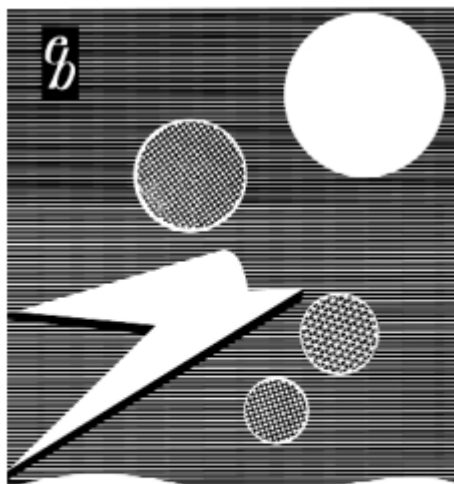
la conquista del
ESPACIO

TERROR EN ORBITA

curtis garland

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CURTIS
GARLAND

TERROR EN ORBITA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO, n.º 86

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 4.828 – 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1a edición: abril, 1972

© CURTIS GARLAND - 1972

sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA – 1972

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos
a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la
Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en las Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Mora la
Nueva, 2 - Barcelona 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

81 — Diario de un cosmonauta, *Curtis Garland*.

82 — Marte año 5.000, *Glenn Parrish*.

83 — Los conquistadores de Ruder, *A. Thorkent*.

84 — Y después... ¿qué?, *Curtis Garland*.

85 — Los dos cerebros de Sullivan, *Keith Luger*.

PROLOGO

¿Cómo había empezado todo?

Era difícil. Muy difícil recordarlo. Casi parecían siglos, volviendo la vista atrás. Y, sin embargo, era tan poco tiempo...

Se enjugó el sudor que empapaba su frente. Tambaleante, caminó hasta la puerta inmediata. Apoyó el cuerpo en el muro metálico, hermético. Sus manos se aferraron a los remaches, único relieve de aquellas superficies tersas que le rodeaban.

—Dios mío... —jadeó—. Dios mío, tiene que haber una solución...

"Tenía" que haberla, sí. Era preciso que la hubiera. Pero... ¿la había?

Presentía que no. Temía que no. Experimentaba el invisible dogal cerrándose, implacable, sobre él. Envolviéndole, atenazando su cuello hasta la asfixia, hasta la misma muerte...

¿La muerte? Parecía una idea espantosa, terrible. A fuerza, sin embargo, de imaginar cosas peores, esa sensación era ya débil, casi insignificante. No. No temía morir. Se daba cuenta, con horror, de que no sentía el miedo a la muerte. De que había otras cosas peores aún que el mismo fin de la existencia...

Cosas como aquella que él buscaba ahora. O de la que pretendía huir, de eso no estaba seguro del todo. Cosas increíbles, atroces, alucinantes. Cosas como... la que le obsesionaba ahora, que guiaba sin rumbo alguno sus pasos, en la sombra, en el interior de la estructura metálica. En aquel angosto mundo de pesadilla, donde existía *algo* tan espantoso como jamás lo hubo en parte alguna...

Sus manos alcanzaron las rendijas de la puerta oblonga. Rozaron sus dedos la rendija casi inapreciable, tan hermético era el sistema de cierre de metal sobre metal. Arañó en vano la superficie gris azulada.

Si al menos hubiera sabido qué hacer... Si hubiese sido capaz de conocer lo que era preciso, aquello que debía realizar. Abrir aquella puerta. O huir de ella. Buscar. O escapar. Temblar, aterrorizado. O intentar luchar.

Luchar...

Era una idea ridícula. No se puede luchar contra ciertas cosas.

Nadie hubiese podido luchar contra aquello.

Llegó a la cerradura. Era fácil accionarla. Tan fácil... No hacían falta llaves. Bastaba aquel anillo magnético en su dedo anular. Ajustar su disco al de la cerradura. Se producía el contacto, y cedía la puerta. Formaba parte de la rutina de a bordo. Ahora, hasta lo rutinario se volvía extraño, inquietante, estremecedor.

Aun así, puso el anillo magnético en la cerradura. Chascó ésta. Se abrió con suavidad, deslizándose dentro del panel. Se enfrentó a la claridad que automáticamente se producía al abrir un acceso a cualquier dependencia de la nave. Miró al interior, amplio y desierto. Se estremeció.

Era ridículo sentir miedo de aquello que tan bien conocía. Nada más inofensivo y vulgar para ellos que un par de depósitos de color aluminio, conteniendo oxígeno de reserva, junto a la gran cámara productora de aire acondicionado. Y más acá, formando una superficie líquida, bajo la luz artificial de las lámparas generadoras, la gran piscina con las algas...

Y a ambos lados, los pasillos con barandilla, asomados a la piscina, accesos al oxígeno y sus sistemas reguladores; y también el sistema de aire acondicionado.

Nada más inocente, más normal. Nada más dentro de lo previsible. Sin embargo...

Sin embargo, él miró angustiado a la piscina de algas, bajo las luces verticales de las lámparas generadoras. Le pareció un lugar extraño, frío, hostil, acaso erizado de peligros alucinantes e invisibles, de ocultos monstruos al acecho...

Caminó sobre el suelo esponjoso, sin ruido. Con la mirada alerta, la boca apretada, una luz febril en el fondo de sus ojos entornados, con la frente cubierta de sudor, y rara rigidez en sus movimientos.

Sobre su cabeza, se extendían las tuberías de aire acondicionado, formando un entramado aluminizado, entre las lámparas generadoras de algas en la piscina.

Esta reflejaba, con matices plateados, aquel techo frígido, metálico, tan sin alma como todo lo que le rodeaba.

Y en aquel vacío, en aquella frigidez deshumanizada, en aquella luminiscencia gélida y monocorde, veía él, quizá, el mayor de los peligros, el más temido, el más sutil y alucinante de los adversarios...

Se detuvo, mirando la superficie de algas. De súbito, oyó el deslizarse suave. Giró la cabeza, sobresaltado.

—¡No! —gritó.

Se precipitó hacia la puerta. Esta se deslizaba suave, silenciosamente. Se estaba *cerrando*.

No veía a quién la cerraba, pero sólo sabía que nadie cerraba una puerta, sin mirar previamente si había otra persona en la cámara o cabina en cuestión.

—¡No cierre, quienquiera que sea! —voceó—. ¡Estoy aquí!

Era un grito ridículo. Le bastaría llegar allí, para abrirla de nuevo con su anillo magnético. Pero sin saber la razón, sentía un profundo horror, un instintivo e inexplicable pavor a que aquella hoja de acero se cerrase tras él.

Era ridículo, era absurdo, incluso. Pero era así. Y él no podía, no pudo evitarlo.

La hoja de metal se cerró, ajustada por completo, cuando llegó a ella. Irritado, pegó contra su tersa superficie, dura, inflexible, con ambos puños.

No logró nada. En el exterior, en el pasillo, no pareció haber nadie que se diera cuenta de su presencia allí. Y eso era imposible. El angosto pasillo vertical, con su escalera que conducía desde la Planta A, o Superior, a la C o Inferior, pasando por la Planta B o media, no era tan amplia como para perderse el ruido de sus puñetazos en el metal sin que la persona situada en el exterior lo advirtiese. Y por fuerza tenía que haber alguien afuera. De otro modo, jamás se cerraría aquella puerta magnética.

Rápido, aplicó el disco de su anillo a la cerradura circular. Esperó el chasquido. Y esperó la nueva apertura de la hoja metálica.

Nada de eso sucedió. Todo continuó igual. Un escalofrío agitó su cuerpo. Sintió que se le helaba el sudor sobre la piel, hasta adquirir una densidad viscosa. Le zumbaban los oídos.

Esto no podía suceder. No era posible. La cerradura *tenía* que ceder.

A menos...

A menos que alguien hubiese alterado rápidamente el sistema

magnético de apertura y cierre. En cuyo caso... estaba encerrado en la cámara de las algas, el aire acondicionado y el oxígeno en reserva, la llamada Cámara del Buen Aliento, con el sentido del humor que alguna vez imperó allí dentro, en aquel lugar de pesadilla que era ahora la nave...

—¡Tiene que abrirse! —jadeó, insistiendo—. ¡No puede suceder otra cosa! ¡No es posible que siga cerrada!

Pero seguía cerrada. Y nada, ni una voz, ni un roce, se percibía en el exterior, en el pasillo vertical de la nave...

Furioso, volvió a pegar en el metal hasta hacerse daño. Se preguntó qué sistema utilizaría *alguien* para bloquear el sistema magnético de cierre. Y, sobre todo, *por qué* lo hacía.

No se le ocurrió ninguna respuesta. Pero sentía angustia, inquietud, casi pánico...

A pesar de que allí dentro, cuando de nuevo giró su rostro alucinado, sudoroso, nada inquietante ni hostil advirtió, bajo las luces generadoras del cultivo de algas.

Sus ojos se fijaron, con repentino alivio, en un adminículo. Respiró hondo. Y se llamó a sí mismo estúpido. Era ridículo estar allí asustado, temiendo lo peor, lo que ni siquiera sabía qué podía ser... teniendo aquello al alcance de su mano.

El interfono. La comunicación inmediata y directa con cualquier parte de la nave. Desde la sala de control e investigación, hasta el almacén de víveres o el de herramientas, en la Planta C...

—Estúpido de mí —jadeó, furioso consigo mismo—. Sea lo que sea lo que está sucediendo, va a revolverse en seguida. Saldré de aquí. Y averiguaré quién ha sido el maldito puerco que me encerró en este lugar...

Cruzó la pasarela inmediata a la piscina de algas, llegando adonde se hallaba el emisor-receptor acústico del sistema de comunicación interior de la nave. Alzó el tubo, pulsando el botón número 1, correspondiente a Laboratorios y Sala de Controles e Investigación.

Esperó. En menos de cinco segundos, sonaría la voz de uno de sus compañeros, atendiendo la llamada.

Esperó en Vano. Pulsó de nuevo el botón de llamada. Todo siguió igual. Silencio.

Irritado, se preguntó si estaría desierta la sala, aunque eso era altamente improbable. Aun así, probó fortuna pulsando la tecla número 7. El salón-biblioteca-*living*.

Nada, Igual silencio.

Nervioso, su dedo pulsó los botones 3, 4, 5 y 6. Las habitaciones de la tripulación.

¡Nada!

O no funcionaba el interfono... o nadie respondía a sus llamadas.

Utilizó ahora todos sus dedos. Una tras otra, las dieciséis teclas del sistema completo, salvo la correspondiente a la sala de oxígeno y aire acondicionado y cultivo de algas, donde se hallaba él mismo ahora...

—¡Dios mío...! —jadeó—. ¡Silencio! ¡Todos callan! ¡No puede ser...!

Furioso, colgó. Se precipitó al sistema de alarma. Tiró de la roja palanca, que haría funcionar en toda la nave el sistema sonoro y luminoso de emergencia. Cosa que haría funcionar en el acto a todos los demás tripulantes, en asistencia del lugar donde sonaba y brillaba la alarma, cosa marcada claramente en los tableros luminados de emergencia.

Pero nada sucedió. Aunque aguzó el oído atentamente... no oyó sonido alguno. Ni parpadeó la roja luz de alerta.

¡No funcionaba el procedimiento de emergencia a bordo!

Otra vez descolgó el interfono, llamó a gritos, exasperado, sujetando con rabiosa urgencia el tubo de comunicación:

—¡Socorro! ¡Venid a la cámara de algas! ¡Estoy encerrado aquí, y nada funciona! ¡Venid, quienquiera que me escuche a bordo! ¡Algo grave sucede! ¡El sistema de alarma no funciona, la puerta ha sido bloqueada en su sistema de cerradura...! ¡No puedo salir! ¿Entendéis? ¡No PUEDO SALIR?

Esperó, ávido, por si sonaba alguna voz, por si alguien respondía.

Y esta vez, sí. Esta vez, hubo una voz que respondió.

Una voz susurrada, inidentificable, extraña y siniestra.

—La muerte... La muerte, Mark... Eso te espera... La muerte... horrible, la muerte que no se ve... la muerte que acecha ahí, cerca de

ti... Junto a ti, Mark...

—¡Escuche! —aulló él, sintiendo que se le erizaban los cabellos—. ¿Quién habla? ¿Quién es el que está hablando? ¡Responda!

No hubo respuesta. Sólo una risa suave, lejana, susurrante y extraña... Luego, un chasquido. Y silencio...

Colgó con un brusco golpe precipitado. Se revolvió, furioso. Ahora esgrimió su arma de fuego, con nervioso ademán. No parecía haber nadie en quién vaciar la carga de la estilizada pistola de afilado cañón y botón eléctrico de percusión.

Ni siquiera había sombras a las que apuntar, temeroso. La luz vertical era limpia, cruda. No había zonas de penumbra en la planta de cultivo de algas para la generación de oxígeno. Solamente formas plateadas, agua suave, tersa, masas de algas, claridad azulada, que parecía tornarse oro luminoso sobre la piscina.

Sin embargo, a pesar de aquel ambiente aséptico, limpio y sin tinieblas, había algo siniestro y horrible en alguna parte. Una forma de muerte particularmente atroz, acechaba en alguna parte, a bordo de la nave...

Una muerte que ahora le había elegido a él. Precisamente a él, encerrado, con un peligro invisible, con un intangible adversario, en la Planta A, de la nave.

Y la Muerte había hablado, por el interfono...

Jadeante, tenso, nervioso, se movió él hacia el fondo de la sala herméticamente cerrada, en aquel silencio ominoso, sin respuesta alguna del exterior, salvo la de alguien que le anunciaba su fin...

Pasó bajo la rejilla del altavoz incrustado en el muro, y contempló la angosta zona entre las sombras aluminizadas de oxígeno de reserva, junto a los sistemas de aire acondicionado de a bordo.

Nada. Nadie.

Respiró con alivio. Al menos, estaba solo allí dentro. Resolvió lo que tenía que hacer inmediatamente. Era violento y ruidoso, pero lo haría. Cualquier cosa era preferible a esperar allí encerrado. Dispararía dos o tres proyectiles contra la cerradura magnética, destrozándola.

Saldría de allí. Y buscaría al enemigo emboscado, estuviera donde estuviese. Después de todo, la nave no era tan amplia. Y allá fuera

tendría amigos, gente que le ayudaría, compañeros de aventura, camaradas en el gran experimento espacial...

Tenía que haber alguien. No podía estar súbitamente solo a bordo. No podía haberse quedado solo a bordo. Era imposible. Y, de ser cierto, sería espantoso, aterrador. Una auténtica pesadilla sin precedentes...

No; estaba seguro de que no era eso lo que sucedía. Bien seguro... Y lo iba a comprobar en seguida...

Regresó, decidido, con paso firme, resuelto. Caminó por la pasarela, junto a la pileta de cultivo de algas[1]. Súbitamente, sucedió.

Sucedió lo más terrible, lo más insólito. Lo inesperado e imprevisible de todo punto...

Sucedió allí mismo. Ante él. En la piscina.

Las algas parecieron abrirse de repente. Cedieron a la presión de algo... Y sobre su superficie viscosa, emergió..., la forma horrible de la muerte. De una muerte espantosa y estremecedora, como jamás la había visto antes Mark, con antelación a aquella demencial peripecia estelar.

Vio emerger *aquello*.

Un horripilante rostro púrpura le contempló, con ojos desorbitados, vidriosos y alucinantes... Unas manos escamosas, crispadas, una forma monstruosa, ya inhumana por completo, aunque él adivinó en esa forma rasgos humanos, facciones conocidas, rasgos familiares...

Pero ahora no era nada humano, familiar ni conocido. Era un ser atroz, repugnante, aterrador..., mortífero. Y encerrado con él allí dentro, en la cámara de algas...

—No... ¡No! —jadeó, estremecido, contemplando con pavor aquella forma terrible que surgía frente a él, chorreando agua, cuajada de algas viscosas...

Y disparó. Disparó una, dos, tres, cuatro veces... Vio los proyectiles penetrar en la forma viviente. Todo inútil. Siguió emergiendo del agua, sin inmutarse, sin acusar los impactos mortales. Impactos que en *aquello* que alguna vez fue humano, nada producían, nada afectaban...

Luego, de súbito, Mark supo que algo más sucedía, muy cerca de él. Sintió un escalofrío una sensación helada y pegajosa cerca de él,

como rozando sutilmente su epidermis.

Se revolvió, angustiado. Miró a sus espaldas. Chilló con horror infinito.

Luego, cayó.

Cayó, chapoteando, a la piscina de algas. El monstruo se inclinó sobre él, ávido, con un ronroneo monstruoso y ahogado, como un jadeo o un estertor.

Y, al mismo tiempo, algo se formó en el quieto ambiente iluminado de la amplia cámara. Algo cristalino, vaporoso, que descendió hacia Mark, succionante, como un enorme y monstruoso cuerpo viscoso, flotante. Como una medusa alada o una babosa flotante, que iba materializándose por momentos, para envolver, horripilante, a Mark, que pugnaba por flotar, por emerger entre las algas repentinamente hostiles, adhesivas, pegajosas crueles casi...

Un alarido agónico, de muerte, brotó de labios de Mark Mandell, el astronauta enfrentado a un final espantoso en su propia nave.

Un grito ronco, desesperado, inútil, de un hombre que sabía que iba a morir. Pero que sentía más horror de la forma de morir, que de la muerte en sí...

Luego, de súbito, un siniestro silencio se hizo a bordo en la cámara de algas. Sólo el altavoz enrejado del muro, actuó, al ser accionado su sistema por un manotazo final y desesperado de Mark Mandell, al caer a la piscina de algas asesinas, ante el monstruo púrpura e infrahumano...

El botón o tecla golpeado por la mano frenética del desesperado Mark, hizo actuar un oculto sistema de sonido.

Y a bordo, repentinamente, casi de forma grotesca e incoherente, mientras un hombre moría en la piscina de algas repentinamente *vivas* y *palpitantes* ante, el monstruoso ser de piel púrpura y ojos vidriosos, con la babosa vidriosa adherida mortalmente a su cuerpo, sonó una música, una marcha marcial, fácilmente reconocible.

Era la marcha de la Unión Soviética.

Luego, fundió con ella la marcha nacional de los Estados Unidos de América.

Y, finalmente, una risueña voz femenina, sonó entre las notas marciales:

"—Feliz estancia a bordo de la Estación Orbital conjunta *Voskod-Star*[2]. Todo sin novedad, astronautas. El mundo os desea todo lo mejor. Y éxito en vuestra fraternal aventura espacial. Todo va bien a bordo. Todo sin novedad..."

Siguieron las marchas militares y la voz risueña, mecánica, de la mujer en la grabación magnética.

Bien ajeno todo al terrible contraste, a la paradoja siniestra de que, mientras "nada sucedía a bordo"..., un hombre llamado Mark Mandell estaba muriendo, envuelto en algas asesinas, entre un monstruo púrpura y una flotante masa viscosa, transparente y feroz...

PRIMERA PARTE

FRATERNIDAD

CAPITULO PRIMERO

"—Todo va bien a bordo. Todo sin novedad..."

La voz femenina terminó entre notas marciales ruso-americanas, mezcladas en la grabación. Hubo sonrisas. Se alzaron los brazos y manos. Las copas de champaña entrechocaron entre sí.

—Recordad todos —dijo el comandante adjunto de a bordo, Jonathan Webb—. Será el último trago de champaña o de cualquier otra bebida alcohólica, en tanto dure la aventura espacial. Habrá otro brindis, si todo va bien..., y volvemos sin novedad, dentro de tres meses.

—Es el último brindis —sonrió Lev Belov, comandante adjunto de la nave, lo mismo que su colega y camarada Jonathan Webb—. Y también el primero de una nueva época. El último realmente, será el que ha mencionado el comandante Webb. Aquél que servirá para celebrar nuestro regreso a la Tierra, cumplida esta misión. Creo, personalmente, amigos míos, que principio y final son, a veces, una misma cosa. El clásico círculo cerrado sin inicio ni fin.

—Buen discurso para un hombre tan parco en palabras como el comandante Belov —señaló risueñamente Larry Leighton, riendo.

—De acuerdo —dijo Andreiev—. Por ese alarde de locuacidad, ¡un brindis más, y que todo salga como deseamos los aquí reunidos!

Volvieron a chocar las copas. Bebieron el espumoso líquido ambarino-dorado, los doce personajes que rodeaban la amplia mesa oblonga de la cámara-*living* a bordo. Los temas marciales ruso-americanos, seguían sonando en las rejillas metálicas de los muros.

Luego, los doce personajes se acomodaron calmosamente en sus respectivos asientos. Solemne, el comandante adjunto Lev Belov, tendió el micrófono del grabador magnetofónico a su colega y compañero de viaje y de jerarquía, Jonathan Webb.

—Tú primero —dijo—. Inicia el diario de a bordo.

—Nuestro sonoro cuaderno de bitácora —sonrió, pensativo, el americano, aceptando con un gesto cortés la invitación de su

camarada soviético—. Bien, gracias, comandante Belov...

Contempló a todos los presentes. Desde el comandante ruso, hasta el experto en Medicina Espacial, doctor Wallace Atkins, pasando por todos los demás, por la meteoróloga ucraniana Katia Yurhin, el eminente químico Larry Leighton, de San Francisco de California. Y otras personalidades científicas y técnicas, unidas en la extraña, curiosa aventura inicial de una estación orbital conjunta de los países que, durante décadas enteras, compitieron en la carrera del espacio, como se puede competir en un estadio por una medalla de oro olímpica. Sólo que esta vez, el estadio era el Universo, y la medalla a ganar, sobre el podio de la fama internacional, el triunfo en un empeño tecnológico y científico de primera fila.

Allí estaban todos sus nuevos camaradas; compañeros inseparables en la peripecia cósmica, fuera del planeta Tierra, pero en torno suyo. Los físicos Andrei Andreiev, por la URSS, y la profesora Lorelei Pearson, por la Facultad de Ciencias Físicas de las Naciones Unidas, adscrita últimamente a la cátedra de su especialidad, en Princeton.

En Biología, había una personalidad mundial, como Sacha Kostov, en Electrónica y Cibernética, la experta moscovita Anushka Diliev; en Tecnología y Navegación espacial, él mismo. Jonathan Webb, así como su colega ruso Igor Banovsky. Y, finalmente, el especialista en energía nuclear, que a su vez se ocupaba de cualquier posible anomalía en los sistemas energéticos de a bordo, desde las baterías solares a la pila o reactor atómico de reserva, pasando por los sistemas de equilibrio y gravitación artificiales del *Voskod-Star*, dependiente todo, como las "zonas neutras" y "compartimientos estanco", donde se instalaban los puntos de ensamblaje de las naves que en el futuro renovarían el personal y mercancías de a bordo. Ese hombre era el americano Mark Mandell, que, con la doctora en psiquiatría Grace Hogan, completaba la totalidad de la expedición cósmica en torno a la Tierra.

Además de eso, Mark Mandell, era también el más joven entre los elementos masculinos de a bordo. Cosa que compartía, en el sexo opuesto, con la joven soviética Katia Yurhin, hija de un célebre meteorólogo de la URSS, y a su vez doctorada en Meteorología, y en su especialidad más moderna: la Meteorología vista desde el espacio exterior...

Tras esa mirada contemplativa, calculadora, en que trató de medir el comandante Jonathan Webb las facultades incalculables de aquella dotación excepcional, elegida entre lo mejor de la Ciencia y la Técnica de los dos grandes colosos en la carrera espacial, comenzó a hablar en

tono pausado:

—Amigos todos; se inicia este primer día de navegación espacial conjunta, a bordo de la nave orbital *Voskod-Star I*, en torno a la Tierra, hoy, veintisiete de agosto de 1992, justamente a las once veintisiete, por el Meridiano de Greenwich. Ahora, nuestros relojes marcan las doce treinta y seis minutos de esa fecha, y será mediodía en Londres, París o Madrid, con sus diferencias naturales respecto a otros meridianos de la Tierra. Día o noche, no importa. Los Estados Unidos, por una parte, y la Unión Soviética por la otra, hasta hoy grandes competidores en la carrera por la conquista del Espacio, inician su periplo fraterno, unidos en un afán común de conquista, de triunfo humano y de logro técnico y científico, muy por encima de apetencias, políticas e ideologías. Guiados solamente por una única ideología suprema: la victoria por la Ciencia, frente a los grandes enigmas de la Creación.

Hizo una pausa. Todos le escuchaban en silencio, sobria, respetuosamente. El comandante Webb continuó:

—Este cuaderno de bitácora, en su día primero de redacción, informa de que no hay a bordo novedad alguna. Hemos alcanzado la órbita ideal prefijada, y todo funciona perfectamente en la nave. La confraternidad, amistad y buena disposición en todos nosotros, es absoluta. Y se ha brindado con champaña francés, por el éxito ruso-americano, que, en definitiva no tendrá banderas, colores ni símbolos nacionalistas o políticos, sino solamente un objetivo común a todos: el mundo, la Humanidad. El Hombre, en suma. El Hombre, que es el único, el principal, el auténtico y cierto vencedor de esta pugna contra lo desconocido...

Otra pausa. Sonrió. El comandante adjunto Belov, sonrió, asintiendo, y alentándole con su gesto. Remachó entonces Webb:

—Así, a todos los que en su día repasen este diario de a bordo, sólo puedo decirles algo en este momento: la aventura ha empezado. Por primera vez, acaso, el hombre sigue el designio de su Creador, y se siente hermano de su hermano. Y como hermanos, todos unidos ponemos a contribución nuestro esfuerzo y nuestro saber. Por la victoria. Por el éxito. Por el mañana del hombre mismo. Bienvenidos a bordo, amigos y subordinados todos. Comandante Belov, el comandante Webb espera añada algo a este primera página sonora de nuestro cuaderno de bitácora...

Y entregó el micrófono al ruso. Este amplió su sonrisa, aceptó la invitación, y se limitó a responder, solemne:

—Camaradas todos, a bordo del *Voskod-Star*. Primer día del vuelo orbital, en esta nave, donde conviviremos durante tres meses completos sin novedad, como dice el amigo Webb. Los pueblos del mundo ven pasar nuestra nave por el espacio. Nosotros vemos a esos pueblos. Algunos de ellos son nuestros. Pero no cuenta eso ahora; todos los pueblos del mundo son nuestros también. El mundo es nuestro pueblo. Por eso, en nombre de ese gran pueblo del mundo, yo sólo puedo añadir: ¡suerte, y adelante siempre, *Voskod-Star*! Así, hasta el día noventa y dos de este inicial diario de a bordo...

Hubo aplausos. Y otro brindis. El último del día. Chocaron las copas. El espumoso champaña se vació de sus recipientes de vidrio. Se miraron los dos ocupantes de la nave. En un panel de control, en el muro, los indicadores electrónicos de funcionamiento automático de todos los sistemas de a bordo, marcaban total normalidad.

—Y ahora..., a trabajar —suspiró Jonathan Webb apaciblemente—. A nuestros puestos, compañeros. Todo conforme el programa señalado...

Hubo asentimiento general. Se dispersaron los personajes sentados a la mesa oblonga, en aquel salón de actos, que era, a la vez, sala de recreo, lectura, comidas especiales y asueto en las horas libres de servicio.

Cada uno fue a su puesto a bordo. Cada cual buscó su tarea, de allí en adelante. Cada hombre, cada mujer, cada tripulante, sabía lo que tenía que hacer. Todo estaba medido de antemano. Todo previsto. Todo calculado previamente.

A bordo, laboratorios, zona de estudios e investigación, sector de observación meteorológica, examen exhaustivo del espacio y sus problemas, complejos mecanismos electrónicos, sistemas de acondicionamiento de aire, reservas de oxígeno, energía eléctrica, baterías solares, reactor atómico de reserva, funcionamiento de la purificación del agua destrucción de detritus y basuras, su conversión posterior en elementos útiles a la tripulación, control riguroso de mecanismos y sistemas de a bordo...

Todo en marcha. Todo rodando como una máquina compleja, de engranaje, donde cada ser humano era, a la vez, engranaje o pieza, mecanismo o centro rector...

Y el *Voskod-Star* primera nave orbital de cooperación ruso-americana, rodando, rápido, en torno a la Tierra...

Otra gran aventura por la conquista del espacio, había comenzado.

Lo peor es que nadie, a bordo, podía sospechar aún cómo iba a terminar...

* * *

—Todo va perfectamente. No puede ser de otro modo. No ocurrirá nada.

—¿Tan seguro estás?

—Totalmente. No puede suceder nada. Los riesgos están previstos.

—¿Todos?

—Todos, sí.

Acababa de expresarse así. Larry Leighton era un hombre de tremenda seguridad en sí mismo. Y en la perfección de los sistemas de navegación espacial.

Anushka Diliev, experta en Electrónica y Cibernética por la Academia de Ciencia Moderna de Kiev, miró, pensativa, a Leighton, tras dejar en los programadores todo a punto para las siguientes dos horas en que ella no trabajaría a no mediar un imprevisto o una emergencia, cosa harto improbable, dada la precisión de los datos suministrados para que la computadora actuase sobre los resortes de automatización del funcionamiento de navegación, observación y demás necesidades de a bordo.

—De modo que, según eso, no hay peligro alguno —comentó, sonriente, la joven soviética.

—No, ninguno —confirmó Leighton, con aplastante firmeza.

Y justo entonces, funcionó el sistema de alarma de a bordo.

Ambos volvieron sus rostros aturridos, en los que el parpadeo rojo, violento, súbito e inesperado, se reflejó con crudeza.

—¿Qué diablos...? —comenzó entre dientes Leighton, con estupor.

—Alarma... —susurró, extrañada, Anushka—. No es posible...

Se volvió a la computadora. Sí era posible. Bruscamente, había aparecido en la pantalla indicadora del cerebro electrónico, perfecto controlador de a bordo, la palabra en rojo:

—Algo sucede —convino Leighton—. Pero, ¿qué puede ser?

Anushka no respondió. En vez de ello, se limitó a inclinarse sobre la computadora, pulsando una serie de teclas. Hubo acción en el tablero luminoso y en los sistemas de "memoria" de la máquina. Luego, tras una serie de parpadeos y ecuaciones liminescentes en la pantalla, apareció el informe, repetido en una tarjeta que vomitó por una rendija:

"Avería en las escotillas de los compartimientos estanco, zona neutra. Escape de oxígeno y pérdida de equilibrio de la nave, con paulatino fallo gravitatorio."

Era el informe completo y frío de la máquina. Ningún hombre lo hubiera emitido con más rapidez y concreción.

Leighton, rápido, descolgó el interfono, y llamó al mando. Estaba de guardia el comandante Belov. Expuso lo que sucedía al soviético.

—Bien —dijo éste, escueto—. Avisaré inmediatamente a Mandell y Banovsky. Ellos se ocuparán de repasar la avería. Es un punto peligroso. Si sigue escapando el oxígeno y se desequilibra la nave, la situación podría llegar a ser grave, Leighton, tú lo sabes.

—Sí, mi comandante —asintió el americano—. Lo sé muy bien. Pero, ¿cómo pudo ocurrir algo así, apenas iniciado el vuelo orbital? Todo estaba correctamente a bordo...

—Según los técnicos, así era —suspiró Belov, irónico—. Pero hemos de acostumbrarnos a algo, amigo mío: los hombres nos equivocamos con mucha frecuencia...

Pensativo, Leighton asintió, colgando el interfono.

* * *

—Es ahí —señaló Banovsky.

—Sí, ya lo he visto —afirmó Mandell, frunciendo el ceño—. Escotilla tres... Escapa mucho oxígeno.

—Y el índice gravitatorio es flojo aquí dijo Banovsky, señalando un indicador en el que, sobre la escala diez de gravitación artificial a bordo, la aguja solamente marcaba siete escasos puntos—. Se pierde fuerza de gravedad muy intensamente.

—Me pregunto cómo diablos puedo haber fallado esa escotilla —Mandell, dentro de su plateado traje espacial, dotado de calzado magnético, y escafandra hermética, de amplio visor frontal de vidrio plastificado, flotó con relativa facilidad, al dar un salto hacia la parte alta del comportamiento estanco en el que, en un futuro todavía no demasiado próximo para ellos —noventa días aproximadamente—, se ajustaría el "taxi" del espacio donde vendrían los hombres de refresco, para ocupar sus puestos en la segunda singladura orbital del *Voskod-Star*.

Banovsky siguió a su colega americano. Ambos hombres llegaron fácilmente a la escotilla, moviéndose ahora por el muro y curvado techo, gracias a sus suelas magnéticas y gracias también a la ausencia total de gravedad, provocada por una acción del ruso en los controles de la llamada Zona Neutra de la nave.

Un leve examen bastó. Banovsky miró a Mandell. Y éste, al ruso. Sus ojos expresaron una misma idea, una idéntica preocupación.

—Los tornillos —dijo Mandell, roncamente—. Están sueltos...

Banovsky asintió, tocando con sus manos enguantadas de plásticos las cabezas oscilantes de los tornillos. Eran dos. Y ambos estaban a punto de desenroscarse totalmente. Miró los cuatro tornillos restantes. Rozó sus cabezas con los dedos. Sacudió la cabeza, y con ella el liviano casco espacial, de color azul celeste.

—Dos, a punto de desprenderse —indicó—. Los otros algo más fuerte, pero igualmente cerca de caer, a medida que se vayan aflojando, insensiblemente, sobre la rosca.

—Eso no puede suceder —dijo fríamente Mandell.

—¿Qué quieres decir? —le miró el ruso—. Ha sucedido, ¿no?

—En teoría, era punto menos que imposible que esto ocurriera, Igor.

—La teoría, muchas veces, no se ajusta, por desgracia, a la realidad —comentó Banovsky, con gesto grave—. Lo importante es

que en la práctica ha sucedido, y hemos de repararlo, ¿no crees?

—Sí, por supuesto —Mark Mandell tomó herramientas adecuadas. Comenzó a ajustar los tornillos con fuerza. Repasó todos. Luego, recurrió a una capa de gelatina metálica, que se endureció rápidamente sobre los remaches, dejando firme la escotilla. Miró, satisfecho la obra. Por allí, ya no se vaciarían las reservas de oxígeno acumuladas en la Zona Neutra de la nave. Ni se perdería equilibrio gravitatorio.

Banovsky estudió, entre tanto, las demás escotillas. Cuando regresó junto a Mandell, le hizo notar con tono seco:

—Hay dos tornillos más, algo flojos, al fondo, en la escotilla Uno.

—¡La escotilla de acoplamiento con las futuras naves de tripulación! —se sorprendió Mark.

—Exacto. No sólo están ligeramente sueltos, sino que ha desaparecido la capa protectora de gelatina metálica.

Mandell frunció el ceño. Sacudió la cabeza, con una luz extraña en el fondo de sus ojos grises, fríos y acerados.

—No es posible —dijo.

—Sí, eso pienso yo también —admitió esta vez Banovsky.

—Son demasiadas averías, Igor. Y averías improbables.

—Sí.

—A mí, se me ocurría una explicación muy simple —declaró con frialdad Mandell.

—¿Cuál, Mark? —se interesó el ruso, como temiendo lo que iba a escuchar acto seguido.

Y lo cierto es que lo escuchó. Mandell lo dijo escueto, rotundo, sin una vacilación siquiera:

—Sabotaje.

* * *

—¡Sabotaje!

—Sí, comandante Belov.

—Es una idea ridícula.

—Lo sé. Lo sabía, antes de venir a decírselo. Pero es la única explicación verosímil para una avería semejante. Banovsky está de acuerdo conmigo.

El comandante buscó con su mirada los ojos de su compatriota, el técnico en vuelos espaciales, Igor Banovsky. Se encontró con una expresión taciturna, sombría incluso. Y con un leve, seco asentimiento.

—Sí, mi comandante —admitió Banovsky—. Es, ciertamente, como dice Mandell.

—Ya —Lev Belov inclinó la cabeza, pensativo—. Sabotaje... Cielos, no puedo comprenderlo bien. Suena..., suena a fantástico. A imposible. Somos solamente doce seres a bordo.

—Doce, señor.

—Y cuando el *Voskod-Star* salió de la Tierra, todo estaba en perfectas condiciones a bordo. Los controles electrónicos no se equivocan.

—Así es.

—Durante el viaje hasta situarnos en órbita, todo fue bien. No hubo fallos.

—Ninguno, comandante.

—Entonces..., ¿cómo es posible semejante teoría?

—No es una teoría. Yo diría que es..., una sospecha. Casi una certeza.

—Casi... —subrayó fríamente—. No es definitivo.

—No puede serlo. Tenemos que comprobarlo, por supuesto. Sé lo atrevido que es afirmar algo así. Es... es como señalar que alguien a bordo, desea destruirlo todo. Y destruirse a sí mismo, destruyéndonos, de paso, a nosotros.

—En buena lógica, así tendría que ser.

—Sin posibilidad de un fallo mecánico, de una avería técnica casual...

—Apenas ni una posibilidad —sostuvo Mandell, rotundo.

Hubo un silencio profundo y largo en la cámara de mando. Se incorporó Belov. El ruso paseó por la estancia, las manos a la espalda, el gesto tenso, irritado. Luego, fue al interfono. Pulsó una tecla. Pidió con voz sorda:

—Comandante Webb, le necesito. Hemos de cambiar impresiones sobre algo que puede ser sumamente grave.

Colgó. Hizo sentar, con una indicación, a Mandell y a Banovsky. Juntos, esperaron la llegada de Jonathan Webb para cambiar impresiones los cuatro.

Repentinamente, a bordo, el ambiente se había vuelto tenso, agrio, violento. Y otra vez, como en viejos tiempos, rusos y americanos se miraban entre sí con una silenciosa pero latente desconfianza mutua...

CAPITULO II

Katia Yurhin hizo las anotaciones pertenecientes en su tablero de control:

—Borrascas siberianas, en ruta hacia Europa, llegarán sobre los litorales atlánticos aproximadamente en treinta y seis horas... El tifón de Nueva Zelanda, avanza sobre el Japón con creciente actividad. Será avisado el Centro Meteorológico de Tokio, para que tomen las medidas adecuadas... En cuanto a las nubosidades tormentosas de Alaska, van a ser...

Se detuvo. Pensativa, estudió el gráfico del clima terrestre, los hacinamientos de nubes, los vientos y las borrascas. Sacudió la cabeza. Suspiró.

—No sé —dijo—. No puedo concentrarme, Andrei.

Andrei Andreiev la miró, pensativo. Sonrió débilmente, dejando de anotar sus últimas experiencias sobre radiaciones en el espacio. Luego, hizo notar, con voz grave:

—No eres tú sola, Katia. Todos estamos inquietos.

—¿Crees... crees en la posibilidad de... de un sabotaje a bordo?

—No sé. Los americanos tienen, a veces, demasiada imaginación. Pero ese muchacho, Mark Mandell, no parece un fantasioso. Además, el propio comandante Belov ha coincidido con su criterio.

—Sabotaje... —musitó Katia—. ¿Es posible que uno de nosotros..., sea capaz de algo así, Andrei?

—Personalmente, me cuesta creerlo. No lo concibo, siquiera. Supongo que lo mismo les ocurre a todos los demás... con excepción de la persona que, realmente, cometió ese sabotaje..., si ello es cierto.

—¿Sospechas de alguien en particular?

—No, claro que no. Dios me libre de ello.

—¿Alguno de los americanos? ¿O... uno de *nosotros*? —sugirió, medrosa, Katia.

—He llegado a creer de buena fe en la coexistencia, no sólo pacífica, sino de mutua colaboración y de auténtica fraternidad

humana. No puedo admitir, a estas alturas, viejas ideas políticas o rencores de raza e ideologías. No tienen sentido ya, Katia, y tú lo sabes.

—Sí, Andrei, tú y yo lo sabemos, pero, ¿lo sabe el hipotético saboteador?

—Ah, ése es el quid del asunto... —Andreiev sacudió la cabeza—. Si al menos descubriéramos pronto *quién* es...

—El primer paso es saber si hay un decimotercer viajero a bordo —dijo una voz serena, tranquila, desde la puerta del punto de observación para Meteorología e Investigaciones Físico-Químicas del *Voskod-Star*.

Ambos rusos se volvieron, con cierto sobresalto. Katia respiró, aliviada, al reconocer al recién llegado.

—Mark... —estudió a Mandell con simpatía. Con él, era la más joven de a bordo. Y ambos muchachos, por afinidad en sus edades tal vez, y acaso también por una natural ley de su sexo diferente, se habían sentido atraídos mutuamente, por una corriente de cordialidad —. ¿Qué quieres decir con eso?

—Hay un ineludible principio que examinar, en todo este desagradable y extraño asunto. Somos doce personas a bordo. Pero cabe la remota posibilidad de que existiera el viajero número trece.

—¿Un polizón en el espacio? —dudó, burlón, Andreiev.

—¿Por qué no? —Mandell se apoyó en el gran visor que se enfrentaba al planeta Tierra, ideal pantalla natural para la panorámica terrestre, que permitía a Katia sus estudios meteorológicos—. Pudo haber viajado en una cápsula, o pudo esperarnos ya aquí, a bordo de la estación orbital.

—Tal vez un chino —rió Andreiev, divertido—. ¿Se acuerda, Mandell? Fuera enemigos comunes de nuestros dos pueblos, hace unas cuantas décadas. Y siguen envidiando en parte nuestros logros espaciales. De esos amarillos, se puede esperar cualquier cosa.

—¿Cómo llegaría un chino aquí, si no tienen el mismo avance espacial? —dudó Mandell, también riendo la broma. Luego, más serio, sacudió la cabeza—. No sé, Andreiev, pero hay que apurar toda posibilidad, antes de...

—Antes de acusar a uno de nosotros, ¿no es cierto? —señaló gravemente el ruso.

—Sí, exactamente —convino Mandell, sin rodeos—. Ha sido una idea del comandante Webb. Antes de llegar aquí, esta estación orbital, construida al alimón por la NASA y por el Instituto Tecnológico del Espacio de la Unión Soviética, permaneció vacía, flotando en órbita, como un satélite artificial más, durante dos meses. Dos largos meses, durante los cuales, tal vez, *alguien* pudo llegar a bordo, aunque suene a fantástico.

—Alguien..., pero, ¿quién?

—No sé. Es sólo una posibilidad, una hipótesis poco verosímil. Sólo que es preciso confirmarla o rechazarla definitivamente antes de emprender otra investigación menos grata para todos: la identificación de un posible traidor entre nosotros.

—Un traidor... Pero traidor, ¿a quién, a qué? Esta no es una empresa de una sola nación o Gobierno, sino del mundo entero. Sin banderas, sin colores, sin raza. Es la obra del Hombre, a secas —Katia Yurhin se expresaba con amargura—. Sería penoso imaginar algo... algo tan horrible, Mark.

—Estamos de acuerdo, Katia —suspiró el joven americano, experto en energía nuclear—. Pero hay que saber, a cualquier precio, qué sucedió con esos tornillos y remaches. Es imprescindible saber a qué debemos atenernos.

—¿Habéis informado ya a la Tierra?

—No. Todavía no. Solamente se ha citado una avería en los tornillos, y se ha pedido confirmación de los controles electrónicos que figuran abajo, en la inspección final, archivados por la unidad conjunta del control ruso-americano.

—Y si ese informe resulta negativo sobre el estado de los tornillos y remaches, y sus posibilidades de resistencia a las radiaciones, alteraciones espaciales y todo eso...

—Entonces, el sabotaje se habría confirmado —declaró Mandell, con voz grave.

Andrei Andreiev juró entre dientes, furioso, y salió de la cámara de investigaciones, con un paso rápido y gesto desabrido. Mandell se quedó contemplando la puerta metálica, oblonga, como las de los submarinos, por donde el físico ruso había hecho mutis tan bruscamente.

—Todos empezamos a sentirnos nerviosos —señaló Katia.

—Y malhumorados —convino Mandell, volviéndose a ella.

Miró a la bonita joven ucraniana, de sedoso cabello rubio claro, natural, ojos muy azules y limpios, naricilla respingona y figura esbelta y armoniosa, incluso dentro de la poco estética bata plástica de trabajo a bordo.

Ella también contemplaba al joven, arrogante, simpático americano de cabellos rebeldes, mirada gris y expresión penetrante y calculadora. A pesar de su juventud, era uno de los más notables expertos en Física Nuclear de todo el mundo, y discípulo predilecto de la profesora Lorelei Pearson, de Princeton, miembro también de aquel grupo excepcional, y segunda mujer del contingente americano de astronautas a bordo del *Voskod-Star*, junto con la doctora psiquiatra Grace Hogan.

—Ha sido una horrible noticia, saber que alguien, a bordo, desea el fin de todo y de todos —señaló con voz apagada ella.

—Katia, me gustaría que las cosas fueran diferentes. Pero no lo son —suspiró Mark—. Hubo sabotaje, estoy seguro.

—¿Por qué estás tan convencido de ello, Mark? —dijo aún Katia—. A veces, hay casualidades, cúmulos de coincidencias adversas, de fallos no previstos... Cualquier factor desconocido del espacio, pudo alterar la estructura de esos tornillos, pudo...

—No, Katia. No pudo. Yo sé que la gelatina metálica es un invento especial, para soportar toda presión, temperatura, radiación, cósmica o no, y cualquier tipo de vibración continuada, como por ejemplo la que producen los reactores atómicos a pleno funcionamiento. Que unos tornillos se aflojen, puede ser casual, aunque no me lo pareció esta vez. Pero que desaparezca, sin dejar rastro, toda la gelatina metálica que preserva los remaches de la escotilla general, para ensamblaje de naves, es incomprensible de todo punto. Y más, habiendo confesado el propio Igor Banovsky, un experto en cuestiones de vuelos espaciales, que él mismo revisó minuciosamente esos remaches, ya en vuelo. Es decir, que entre nuestra llegada al *Voskod-Star*, y el momento de la avería, en un período justamente de veinte horas en órbita..., alguien manipuló esos remaches y quitó la gelatina metálica, con algún ácido corrosivo muy potente y rápido.

—De modo..., que no hay esperanza.

—No, no la hay. Ninguna esperanza de accidente o hecho casual.

—Fue... sabotaje.

—Sí.

—Y si no hay un decimotercer viajero a bordo...

—Si no hay un astronauta número trece..., uno de nosotros lo hizo. Y el único astronauta número trece, a bordo, será... la Muerte.

La mirada juvenil e inteligente de Katia Yurhin, solamente reveló una emoción en ese momento. Y fue miedo.

O quizá terror.

* * *

Anushka Diliev tendió el informe al comandante Webb, de guardia a bordo.

—La respuesta de la Comisión de Control, señor —dijo, respetuosa, la experta en electrónica—. Acaba de llegar, en clave, y la ha traducido el computador.

—Gracias, Anushka —sonrió el comandante americano, tomando el texto. Lo leyó, pensativo. Agitó el documento, cambiando una mirada profunda con ella. Añadió, calmoso—. Entiendes lo que esto significa, ¿no es cierto?

—Sí, comandante —asintió ella, muy grave su tono.

—Bien. Sitúa los mandos automáticos de a bordo. Debemos reunirnos todos en la sala de sesiones. Llama a tus compañeros. Yo avisaré a todos los demás.

—Desde luego, señor —Anushka se retiró, en silencio.

Una vez solo, Jonathan Webb frunció el ceño, incorporándose. Dio unos pasos por su cámara de mando, situada junto al salón-biblioteca-*living*, y la habitación de cuatro literas, destinada a las mujeres de a bordo, las dos rusas y las dos americanas.

Luego, tomó el interfono. Marcó diversas teclas; las de los dormitorios, números 3, 4, 5 y 6; la de la cámara de estudios y observaciones, tecla número 1. Y así todos los demás puntos de trabajo, a bordo de la nave, sin olvidar el de la cámara de cultivo de algas, reservas de oxígeno y centro de aire acondicionado. Allí le respondió la voz serena de Sacha Kostov, biólogo ruso.

Desde el botiquín y enfermería de a bordo, situado entre los depósitos de agua potable y el almacén de víveres, en la Planta C, Derecha, a bordo del *Voskod-Star*, respondió el doctor Wallace Atkins, de Medicina Espacio, médico y cirujano de a bordo.

Y así, paulatinamente, unos y otros, con excepción de uno a quien no pudo localizar en modo alguno; la profesora Lorelei Pearson, graduada en Física por Princeton. Cansado, optó por no buscarla más.

—Ocúpate de ello, Grace —pidió a la especialista en psiquiatría, con voz fatigada—. Quiero a todos aquí, dentro de veinte minutos. A las doce, ¿entiendes? Sin faltar uno.

—Sí, comandante —afirmó Grace Hogan, el otro elemento femenino del grupo de americanos—. Yo me ocuparé de encontrar a la profesora Pearson, siempre tan despistada como el clásico sabio distraído de los viejos chistes... Sin duda, debe andar ocupada en algún estudio científico, en cualquier alejado rincón de la nave...

Colgó el interfono Webb. Fue hacia la cámara de sesiones, con lentitud. Se sentó, presidiendo la mesa oblonga. Recordó la anterior reunión, la inicial en su vuelo orbital. Y el champaña, el brindis y todo lo demás.

Las cosas, ahora, eran diferentes. Muy diferentes. Se dispuso a esperar.

Los minutos fueron transcurriendo. Así, hasta veinte o más.

Cuando se hubo cumplido el plazo, el comandante Webb, con el adjunto ruso Belov a su derecha, escudriñó la mesa oblonga. Contó a todos, uno por uno.

Diez.

Solamente contó a diez. Se, agregó él mismo, mentalmente.

—Once —dijo—. No estamos todos.

—No, no estamos todos —convino Mandell—. Falta uno.

Falta *una* —rectificó suavemente la voz de Katia Yurhin—. La profesora Pearson.

—Cierto —afirmó fríamente Webb. Buscó con la mirada a la doctora Grave Hogan—. Te encomendé a ti que buscaras por todas partes a la profesora.

—Sí, comandante —suspiró ella, meneando la cabeza—. Sólo que no la encontré.

—Tiene que estar a bordo. En alguna parte. Buscadla todos, si es preciso. No quiero ausencias en esta junta. Lo que se va a tratar en ella, es demasiado grave. Aplazamos la reunión para dentro de quince minutos. Para entonces, os quiero aquí a todos. A todos, ¿entendido?

Hubo un general asentimiento. Lentamente, con desgana, se pusieron todos en pie, menos Webb y su colega Belov. Los dos comandantes adjuntos, se miraron, una vez solos en la larga mesa de reluciente superficie.

—No me gusta esto —dijo el ruso.

—A mí tampoco —suspiró Webb—. Pero ha de hacerse.

—¿Vas a acusar a alguien, en particular?

—No. No tengo pruebas. Ni siquiera sospechas. No sé nada. Sólo que es uno de nosotros. No había decimotercer astronauta. Y el informe del control terrestre es rotundo: todo en perfectas condiciones. Todo comprobado minuciosamente. Las máquinas no se equivocan en esas cosas, Belov.

—Cierto...

—De modo que no tenemos otra alternativa. Hay que afrontar las cosas con crudeza. Y saber quién lo hizo..., y por qué.

—Una "caza de brujas" entre nosotros, ¿no? —comentó amargamente Belov.

—Me temo que será necesaria.

—Yo me temo algo peor, Webb.

—¿Qué?

—Tú, como americano, sospecharás de la tripulación rusa. Yo, como ruso, sospecharé de uno de vosotros. Es inevitable.

—Trataré de ser imparcial, justo en mis apreciaciones. Sin prejuicios. Espero que tú también, Lev.

—Claro que sí —sonrió con tristeza el comandante soviético—. Pero eso sucederá en tanto mantengamos el control de nosotros mismos. Si se disparan las pasiones y los sentimientos, si cunde el miedo, la incertidumbre, la sospecha y el recelo..., será inevitable. No

sólo nosotros dos; los demás, todos en absoluto, tendrán el mismo prejuicio contra el que no sea de su nacionalidad.

—Correremos el riesgo. No somos un puñado de necios ni de ignorantes, sino personas cultas, civilizadas, frías y conscientes. Esto es una aventura científica, no un juego de niños ni un deporte dé insensatos.

—Te recordaré esas palabras alguna vez, estoy seguro —musitó Belov, sacudiendo la cabeza—. Y no será en tono de reproche, porque yo estaré cometiendo entonces, posiblemente, el mismo error que tú.

—Aquí, a bordo, no hay rusos ni americanos. Hay hermanos. Hay seres unidos por la causa común de la conquista del espacio. Es el Hombre, no este Gobierno o aquél.

—Es un hermoso principio. Un enunciado feliz. Pero tengo miedo precisamente por el derrumbamiento de todas esas ilusiones. Un traidor entre nosotros, sea quien sea y por lo que sea, incluso si se trata de un demente o de un enfermo..., lo echa todo a perder. Hará falta mucha fraternidad para superar la crisis.

—La habrá.

—Dios te oiga —suspiró el soviético, pensativo, preocupado.

* * *

Katia Yurhin se detuvo, intrigada.

Estaba segura de haber oído aquel roce. Y aquel murmullo, como un jadeo contenido, una respiración apagada.

Había alguien allí. No tenía ninguna duda. Alguien que no quería ser visto, tal vez. Porque ahora ya no oía nada. Ni roces ni voz alguna.

—¡Eh, escuche! —llamó Katia—. ¿Está usted ahí, profesora Pearson?

Silencio completo. La profesora, si era ella, no respondía. Y no podía ser nadie más, a juicio de Katia. Todos estaban buscando a la profesora de Princeton. Ella había ido a parar allí, en su búsqueda por la Planta A, o Superior. A la zona de equilibrio y gravitación, angosto y largo corredor en tubo, circulando en torno a la forma casi ovoide de la estación orbital, y con su compuerta de paso, allá al fondo, a la

zona de baterías solares y uno de los dos reactores atómicos de reserva.

La zona de equilibrio y gravitación, con sólo el fuselaje exterior de la nave separándola del espacio, era una compleja masa de tuberías, cables y conductos. Un laberinto metálico inextricable, donde se unían virtualmente todos los medios de conducción de a bordo. Los puntos de gravitación artificial, equidistantes unos de otros, eran como anchos y chatos bidones plateados, emergiendo del suelo.

Tras uno de ellos había captado Katia la voz, el murmullo humano, el roce.

Decidida, avanzó en esa dirección. Llamó de nuevo:

—Soy Katia Yurhin. Responda... ¿Es usted, profesora Pearson? El comandante Webb quiere vernos a todos reunidos y...

Rodeó el punto gravitatorio. A otro lado del cilindro, encontró a la profesora Lorelei Pearson.

Katia exhaló un alarido de horror. Retrocedió, trompicando, mortalmente lívida. Golpeó contra el interfono el número 16 de los de a bordo, y derribó el tubo emisor-receptor, presionando su espalda las teclas, sin advertirlo.

De su boca, largo y estremecido, siguió escapando aquel grito delirante, agudo, de pánico infinito. Luego, Katia, la joven ucraniana experta en Meteorología, se desvaneció.

* * *

—¡Katia! —aulló Mark Mandell—. ¡Es su voz, estoy seguro!

Y se precipitó a la salida, derribando en su carrera impetuosa, incluso a Sacha Kostov, el biólogo soviético, que entraba entonces en la planta de Energía Eléctrica y almacén de herramientas y material, situado en la Planta C, o Inferior.

—¡Eh, diablos! —protestó el ruso, cayendo de su mano una lámpara—. ¿Qué te ocurre, Mandell?

—¡Es Katia, arriba! —señaló Mandell al botón en rojo que marcaba el interfono descolgado en alguna parte de la nave, justamente el botón con el número 16, que correspondía a la zona de equilibrio y

gravitación superior.

Kostov, entendiendo, corrió en pos de Mandell también. Ambos hombres subieron con rapidez, por la escalera metálica, y se encontraron en el camino con Andreiev y Leighton, que se unieron a ellos, sin vacilar. Todos habían captado aquel alarido terrorífico, de mujer. Arriba, encontraron ya, pálidas y jadeantes, a Anushka Diliev y Grace Hogan. Con ellas, iba el comandante Belov, arma en mano, tensa la expresión.

—Algo grave ocurre —dijo Belov—. O Katia ha visto algo que la asustó...

Mandell, sin detenerse, asintió, penetrando con ímpetu en la zona de gravitación, pese a la voz de advertencia de Belov. No empuñaba armas. Alcanzó el lugar donde Katia yacía sin sentido, y se inclinó a recogerla. La tomó en brazos, volviéndose hacia el cilíndrico corredor, por el que ya venían sus restantes compañeros, en compacto grupo.

Entonces vio a la profesora Lorelei Pearson.

—Dios mío... —jadeó, perdiendo todo vestigio de color—. No es posible...

CAPITULO III

Sí era posible.

Era ella. Lorelei Pearson. O había sido ella.

Ahora, estaba muerta.

Muerta de la forma más horrible e inaudita que ellos podían pensar.

—Sí —confirmó roncamente el doctor Wallace Atkins, incorporándose con aire pesado, ceniciento su rostro curtido, cetrino y saludable, habitualmente—. Está muerta...

—Pero..., ¿cómo pudo morir así? —fue la áspera pregunta del comandante Webb.

El doctor miró a su superior. Meneó la cabeza, aturdido.

—No lo sé —confesó.

—Tienes que saberlo, Atkins —preguntó Grace Hogan, dando unos pasos hacia la mesa de la enfermería, donde reposaba el cadáver de la profesora Pearson—. Eres médico. Como yo. Pero tu especialidad es Medicina Espacial.

—Examina tú el cuerpo —rechazó con acritud Atkins—. Si me das un diagnóstico, juro que abandono la profesión de por vida.

Grace Hogan se inclinó. Con evidente repugnancia, examinó la forma tendida bajo la sábana. Luego, muy pálida, se incorporó, respirando hondo. Anushka le tendió un frasco de sales, y ella sonrió, aspirando con fuerza. Su sonrisa fue muy penosa y difícil.

—Gracias, Anushka —dijo. Luego, miró a Atkins. Sacudió la cabeza, estremecida—. Cielos, no... No entiendo nada...

—Ya lo sabía —se irritó el médico—. No es posible entenderlo. Pero ha ocurrido. Es como un desafío a la Ciencia Médica. De cualquier modo, hay que practicar la autopsia.

—Sí, supongo que es inevitable —convino roncamente Belov. Miró a Webb, que asintió en silencio, aprobando su decisión—. Adelante, doctor. Y suerte...

Callada, tristemente, fueron saliendo de la enfermería. Mark

Mandell, en un rincón, observaba, pensativo, cómo Karin se recuperaba, acomodada en un asiento cómodo del botiquín, tras tomar un reactivo. Luego, ceñudo, dirigió una ojeada a la forma tapada de nuevo por la sábana.

—¿Puedo mirarlo otra vez con más calma, doctor? —pidió el joven físico.

—Si le es posible soportarlo, muchacho... —se encogió de hombros el médico.

Mandell avanzó. Se inclinó sobre el cuerpo. Alzó la sábana, dominando con dificultad un estremecimiento. Y una profunda sensación de asco y de horror.

Contempló a Lorelei Pearson. A la profesora Pearson, licenciada en Física por Princeton. Su maestra y amiga. Una mujer joven aún, hermosa todavía, a sus cuarenta años escasos. De fuerte contextura, de formas plenas, macizas, de hembra que recordaba a las matronas robustas de un Tiziano o un Rubens.

Ahora, no era nada de eso. Quedaba poco de aquella humanidad vital y exuberante; de aquella personalidad científica y humana que fuera la profesora en Ciencias Físicas, Lorelei Pearson.

Quedaba... *aquello*.

Y *aquello*, era horrible. Nunca un ser humano, después de morir, se había transformado en algo tan espantoso, tan increíblemente monstruoso, tan distinto a lo que fue en vida.

Nunca la Muerte había adoptado una forma y aspecto tan alucinante como ahora...

Mark Mandell, profundamente horrorizado, pero con sus ojos entornados, duros y fríos, brillando con una helada luz de astucia y de lucidez, siguió la contemplación de aquella masa blanda, fofa, gelatinosa, que antes fuera una mujer hermosa e inteligente.

Aquel ser abominable, violáceo, totalmente *deshuesado*, sin rastro de esqueleto, convertido en una especie de figura o pelele de materia inconsciente, blanda, como la pasta de una horrible mermelada púrpura, rugosa. Conservando, eso sí, sus facciones, su cabello, sus miembros todos... Pero reducido solamente a piel y carne, y todo ello extraña, fantásticamente gelatinoso, tembloroso al simple movimiento de la mesa sobre la que reposaba, al rozarla alguen.

Era ella. Había sido ella, Lorelei Pearson. No tenía esqueleto. Ni

sangre, posiblemente. Estaba fría, gélida y fofa.

Mandell, sintiendo náuseas, tapó *aquello* con la sábana otra vez. Se quedó mirando a Atkins, el médico, recordando aún los ojos vidriados, enormes, dilatados, casi fuera totalmente de las órbitas, de la infortunada víctima de aquella muerte atroz e insólita.

—No puedo creerlo —jadeó—. ¿Qué fenómeno puede desmembrar y disolver el esqueleto de un ser humano, dejándolo convertido en..., en eso, doctor?

—No lo sé, muchacho —resopló Atkins, frotándose el mentón con mano temblorosa—. Acaso la autopsia revele algo...

—¿Crees de verdad, que lo revelará? —indagó Grace Hogan.

El médico miró a su colega, la psiquiatra de a bordo. Luego, desoladamente, meneó la cabeza. En sentido negativo.

—No —murmuró—. No lo creo...

Y, abatido, se retiró de la mesa donde yacía la forma infrahumana y horripilante.

Salieron todos, incluida la vacilante, pálida, demudada Katia Yurhin, primera descubridora del cadáver insólito y terrible.

Atkins cerró herméticamente la enfermería tras sí. Se quedaba, como único ocupante, el cadáver deshuesado, la forma de gelatina humana de Lorelei Pearson, esperando una autopsia tan poco esperanzadora.

La procesión de los astronautas, en su regreso a las habituales tareas de a bordo, no podía ser más silenciosa, sombría y lúgubre de lo que era.

La dotación del *Voskod-Star*, la estación orbital de la fraternidad y la convivencia humana, se había reducido ya a once.

Y lo peor es que nadie sabía cómo. Ni por qué...

* * *

—Casi hemos olvidado ya el sabotaje en los remaches y tornillos, Katia.

La joven ucraniana, vacilante aún, muy pálido su rostro delicado, se volvió hacia su acompañante en el salón-biblioteca-living. Trató de sonreír sin mucho éxito.

—¿Quién no lo olvida todo, ante un hecho así? —musitó con tristeza.

—Sí, es cierto... —oprimió con calor su mano, como dándole ánimos, ante la difícil situación, y también para que olvidase su terrible experiencia—. Sin embargo, son dos problemas diferentes. Y a ambos hay que prestar igual atención, para la seguridad de la nave, Katia.

—Sabemos que el sabotaje fue un asunto de tipo material, Mark. Una mano humana, manipuló en esos tornillos. Pero, ¿qué clase de problema es el que nos plantea la muerte de la profesora Pearson? ¿Es una dolencia espacial, es un fenómeno biológico..., o qué es?

—No sé... —Mandell se enjugó el sudor, pensativo—. Quisiera poder decirte algo, aclarar lo que ocurre. Pero he visto lo mismo que tú, lo mismo que todos. Igual horror sin precedentes. Pero no lo entiendo. No sé lo que estamos afrontando, Katia. Sólo que no tenemos suerte. Hemos empezado mal este viaje. Sólo Dios sabe cómo terminará...

La joven meteoróloga soviética, nada comentó. Se limitó a permanecer absorta, hundida en unos pensamientos que, evidentemente, no podían ser demasiado optimistas, tras la horrible experiencia vivida.

Mark Mandell, respetando su mutismo, su estado de abstracción, se retiró prudentemente, también en silencio. Respiró hondo, apoyadas sus manos en el respaldo de uno de los estilizados asientos de la sala de lectura y recreo. Alrededor de ellos, todo era calma, quietud. Incluso los sistemas de transmisión de música ambiental, a bordo, permanecían mudos ahora. Nadie tenía ganas de solazarse con música. Nadie pensaba en otra cosa que no fuera el doble enigma. Y nadie, a juicio de Mandell, por lo menos, parecía recordar ya el latente peligro de un acto de sabotaje a bordo, tras el suceso irreal y terrorífico de aquella muerte inconcebible.

¿Qué o quién había terminado con la vida de la profesora Lorelei Pearson..., y también con toda su estructura ósea, como en una descomposición increíble, ya que lo último en extinguirse de un cadáver, precisamente, era su osamenta?

A la espera de la autopsia, la pregunta angustiosa, permanecía

latente, en el aire, suspensa sobre sus cabezas como una obsesión. Pero sin respuesta posible.

Solamente el doctor Wallace Atkins tenía una posible contestación en sus manos. Solamente la Medicina legal, podía responder al enigma...

* * *

El doctor Atkins se enjugó el sudor de la frente, con un pañuelo plástico, que arrojó luego al cubo. Volvió a su tarea lúgubre, con el cadáver de la profesora Pearson. O lo que quedaba de él, si podía considerarse un *cadáver* a una simple estructura de músculos, nervios y epidermis, sobre un esqueleto inexistente...

—Dios mío, no... —jadeó—. No es posible... Sería..., sería *demasiado* horrendo...

Miraron sus ojos dilatados, por encima de la aséptica mascarilla que cubría el rostro, a la forma gelatinosa tendida en la mesa de la enfermería, bajo la luz vertical del foco colgado del techo. En derredor suyo, para mayor contraste lumínico, sombras intensas. La penumbra azul oscura, le rodeaba. La luminosidad toda, iba a caer en perpendicular sobre la forma que fue una hermosa figura de mujer madura.

En su mano enguantada, tembló el bisturí con viveza. El pulso era incierto, la firmeza de su mano de cirujano, ausente por completo.

—Tal vez sufrí un error... —balbuceó, hablando consigo mismo, en la hermética soledad que él mismo había reclamado para efectuar la autopsia, dentro del recinto sanitario del *Voskod-Star I*.

Se inclinó sobre el cadáver. Rasgó nuevos tejidos blandos, amorfos, con la acerada punta del instrumento quirúrgico. Allí, en la masa fofa, purpúrea, hubo como una horrible palpitación, un espasmo de la materia muerta, al ser herida por el acero afilado.

No le importó. Siguió adelante. Rasgó, hasta los órganos vitales del cadáver, en busca de una explicación real, de una verdad, por tremenda que fuese. La carne humana, los músculos del cadáver, temblaron como una pulpa densa, goteando algo que parecía cera oscura, violácea.

Luego, todo el cuerpo se *movió*.

Aquella figura que difícilmente se podía identificar con una humana, se agitó como si no estuviera muerta realmente. Fofas, blandas manos, se estiraron hacia el bisturí de Atkins. El, demudado, incrédulo, soltó el objeto, emitiendo un agudo chillido ratonil.

El contacto viscoso y helado de aquellos dedos sin hueso, extrañamente adherentes, le horrorizó. Quiso huir, evadirse de allí... Algo aleteó en la sombra, tras él. Angustiado, lleno de pavor, se resolvió, mientras manoteaba contra el cadáver viviente, en pugna por escapar a una suerte que imaginaba atroz, indescriptible.

Aquel *algo* que batía blandamente en la penumbra, cayó sobre el doctor Atkins. El grito de éste, ahora, fue ronco, estremecido, convulso. Una materia informe y fantástica le envolvía. Y al mismo tiempo, la masa que antes fuera. Lorelei Pearson, goteando sobre el suelo un hediondo, espeso humo viscoso, no se desprendía de él, colgando como un ectoplasma, cuando Atkins, a la desesperada, intentó evadirse, huir de la enfermería, presa del pánico y la angustia.

La luz vertical se apagó, al quebrarse la lámpara con un estallido. Un siniestro gorgoteo se percibió en la sombra, aunque no había allí nadie para oírlo.

Después, hubo como un susurro inhumano, unos roces inquietantes, un lento, apagado estertor, que, paulatinamente se extinguió, hasta el silencio total...

* * *

—¿Qué diablos te pasa ahora, Mandell?

Mark sacudió la cabeza. Tuvo un encogimiento brusco de hombros.

—No sé, comandante. Estoy impaciente. Y preocupado...

—¿Preocupado por qué o por quién? —se interesó Belov, perplejo, alzando su rostro de los mapas celestes y de las tarjetas en los cálculos matemáticos, computados por el cerebro electrónico, respecto a su rumbo, velocidad, apogeo y perigeo orbitales.

—Por todos. Pero sobre todo, por Atkins.

—¿El doctor? —la perplejidad de Belov subió de grado—. No te entiendo, Mandell...

—Está encerrado con el cadáver. Haciendo la autopsia. Dio orden de que nadie le molestara durante la tarea. Esperaba que sería larga y difícil.

—¿Y bien? Si él ordenó eso, vale más dejarle trabajar en paz.

—De eso hace ya dos horas. Le he llamado por interfono dos veces. No ha respondido.

—Bueno, tú sabes mejor que yo cómo es Atkins. Si quiere trabajar sin interrupciones, es muy dueño de hacerlo. ¿Qué es lo que te inquieta?

—No lo sé. Todo. Es..., es un presentimiento. Un instinto raro, comandante, nada definido.

—¿Por qué no esperas, como todos, a que Atkins termine su labor con la infortunada profesora Pearson? —sonrió Belov, conciliador—. El doctor tiene mal genio, si se le importuna; tuve ocasión de advertirlo durante nuestra concentración, previa al viaje, en la Estación Cósmica.

—Me gustaría tener paciencia, comandante. Pero sigo pensando algo oscuro y terrible. No sabemos lo que le sucedió a la profesora; ni siquiera sabemos si es una extraña dolencia espacial, contagiosa y mortífera... Y Atkins está solo, junto a ese cuerpo, hurgando en él...

—Bien, voy a sacarte de preocupaciones, si ello es posible —suspiró Belov—. Aun a riesgo de irritar profundamente al doctor. Tú serás responsable de ello, cuando él exija explicaciones por la interrupción.

—Conforme, señor, acepto esa responsabilidad, gustoso.

Belov meneó la cabeza, dubitativo. Tomó el interfono y pulsó la tecla número 10. Esperó. Allá, en la enfermería, estaría iluminándose, intermitentemente, el botón rojo número Uno-Especial, señalando el puesto de mando a bordo. Atkins descolgaría el aparato.

Pero no lo hizo. No contestó, pese a la insistencia de Belov. Este, tras seis o siete intentos fallidos, colgó, frunciendo el ceño. Mandell se inclinó sobre su mesa.

—Y ahora, ¿qué piensa hacer? —jadeó.

—Pudiera ser distracción suya —comentó Belov—. O tal vez no esté ya en la enfermería. Pero, de todos modos, vamos a ir tú y yo allá, Mandell.

—Sí, comandante. Estoy dispuesto —asintió Mark, satisfecho.

Med Belov se puso en pie, tomando un arma. Mandell desenfundó la suya del estuche que pendía del correa de su uniforme. Armados ambos, salieron al corredor vertical. Descendieron por su cilíndrica extensión, utilizando la escala metálica.

Llegaron ante la puerta, herméticamente cerrada, de la enfermería de Atkins. Ambos se miraron, pensativos. Luego, con decisión, Belov aplicó a la cerradura magnética su propio anillo especial, dotado de magneto para abrir o cerrar las puertas de a bordo.

Chascó la hoja de acero. Comenzó a deslizarse en silencio. Belov comentó, entre dientes:

—Espero que Atkins no nos arroje un bisturí, por meternos donde no nos llaman...

—Ojalá sea así —susurró Mandell, sombrío—. Me temo..., me temo lo peor.

Belov le miró de soslayo, sin pronunciar palabra. Luego, se enfrentaron a la antesala, formada por el botiquín y salita de urgencias. Más allá, tras un panel de plástico deslizante, estaba la enfermería con el quirófano para intervenciones quirúrgicas. Y la autopsia, después de todo, era cirugía *post mortem*.

No había nada de luz. Todo parecía en sombras. Tan sólo una lámpara de luz difusa, muy tenue e indirecta, brillaba sobre un armario-botiquín. Eso era todo.

—Es raro... —dijo Belov, en tensión—. Tampoco sale luz del quirófano...

—Cuidado —avisó, sibilante, Mandell—. Recuerde que Atkins no estará solo. El... el cadáver está con él...

—¿Temes algo de los difuntos? —rió entre dientes el ruso, despectivo.

—No. Pero de ese cadáver..., no estoy seguro, señor —fue la desconcertante respuesta de Mark.

Su superior le miró, pensativo. Avanzó luego hacia la puerta

plegable, de materia plástica. Antes de llegar a ella, probó la luz del botiquín. No funcionó.

—Espere —dijo Mandell, rápido—. Siempre la llevo conmigo...

Extrajo una lámpara. Delgada y liviana, pero de potente y claro foco de luz. Lo proyectó inicialmente sobre el suelo. El cerco de luz blanca, siluetó unas extrañas manchas oscuras.

—¿Qué es eso? —comentó Belov—. Se dirigen a la salida..., y parecen sangre...

Mandell, agitado, se inclinó. Rozó con la yema de sus dedos aquellas manchas. Se estremeció, retirando la mano. Presionó unos dedos contra otros.

—No es sangre —dijo—. Es algo... pegajoso y denso.

Parece... gelatina. Como el cadáver de la profesora Pearson. Mire, comandante. Brillan las manchas. Como baba de caracol o la huella de una babosa...

Asqueado, Belov comprobó todo eso. Miró, preocupado, a Mandell. Luego, ambos clavaron sus ojos en la puerta de la enfermería. Y corrieron a ella como en súbito impulso común.

Empujó el comandante adjunto el resorte de la puerta. Esta cedió deslizándose. La luz, de Mark cayó sobre la mesa de operaciones.

Estaba vacía.

En cambio, al pie de la misma yacía algo o alguien. Mandell se precipitó hacia aquella forma. Proyectó su luz en ella. Un doble grito ronco, de horror, escapó de labios de los dos hombres. Belov, tan aterrado como él, contempló aquel cuerpo abatido, rugoso, fofo, gelatinoso y horrible, de ojos desorbitados y color púrpura...

—¡El doctor Atkins! —rugió Lev Belov, mientras Mandell ni siquiera se atrevía a pronunciar palabra.

Simultáneamente, empezó a parpadear la luz roja de alarma, en el muro de la enfermería en sombras, proyectando sobre ellos su claridad intermitente.

Belov se precipitó al interfono, al advertir la velocidad del parpadeo, indicio de una señal de la máxima alarma, en algún punto de la nave.

—¡Comandante adjunto Belov, pidiendo informe! —rugió, apretando la tecla número uno, correspondiente a los laboratorios químicos y electrónicos de a bordo, en la sala de control e investigaciones—. ¿Qué sucede?

—¡Máxima alarma, señor! —gritó la voz ronca, pero identificable, de Igor Banovsky—. ¡El reactor atómico de energía está descontrolado, y sus radiaciones empiezan a ser peligrosas a bordo, aumentando constantemente de intensidad! ¡Alguien ha provocado eso, y no hallamos a Mandell en parte alguna!

—Está conmigo —masculló, lívido, Belov—. Vamos en seguida, Banovsky—. Que alguien venga aquí, a la enfermería, a ocuparse del doctor Atkins. Está muerto. Como la profesora Pearson. El cadáver de la profesora ha desaparecido.

—¡Cielos! —jadeó el experto en cuestiones espaciales—. Aquí..., aquí también tenemos otro cadáver... ¡El de Andrei Andreiev, nuestro físico más notable!

SEGUNDA PARTE

HORROR

CAPITULO PRIMERO

Era un impresionante silencio de muerte, en torno al indicador Geyger de a bordo.

—Radiación, siete, sobre una escala de veinte —silabeó Jonathan Webb.

—En cuanto exceda de diez, empezará a ser peligroso —señaló Larry Leighton, químico experimentado en cuestiones nucleares.— Y cuando alcance doce, la radiación empezará a causarnos trastornos...

—...Para ser mortal al nivel de quince —masculló Lev Belov—. Y aniquiladora, cuanto más suba. Sabemos eso, Leighton.

—Lo peor es que sube casi un grado por hora —señaló angustiadamente Anushka Diliev—. ¿Qué vamos a hacer?

—Mark Mandell ya está haciendo lo que es posible —silabeó Webb—. Sólo él puede tocar ese reactor, muertos Andreiev y la profesora Pearson. Salvo Leighton, que sabe algo de energía nuclear, nosotros somos legos en la materia. Esperemos que él detenga el reactor a tiempo.

—Pero la radiación allí será terriblemente alta... —musitó Katia, medrosa, muy pálida—. Mark puede... morir.

—Todos podemos morir ahora, Katia —la confortó Grace Hogan apaciblemente—. Ten calma, amiga mía. No ocurrirá nada. Mark lo resolverá, estoy segura...

Volvió el silencio a la cámara de estudios e investigaciones. Anushka, con su mirada fija en los indicadores electrónicos de a bordo, comentó, tras una pausa:

—Medio grado más... Ya son casi ocho de radiactividad efectiva... Y sigue en aumento. Es evidente que Mandell aún no ha localizado la fuga de energía en el reactor. O que no puede repararla...

Belov fue rápido al interfono. Llamó a la tecla número 14, correspondiente al Reactor Dos y a las Baterías Solares. Respondió en breve la voz sofocada de Mandell.

—¿Sí? Mark Mandell al habla.

—Comandante Belov aquí. ¿Cómo va todo?

—Mal, señor. Pero tengo confianza en repararlo a tiempo.

—Ya van ocho grados, sobre la escala de veinte —avisó Belov.

—Lo sé, comandante. Pero no puedo hacer más. Estoy luchando duramente aquí...

—¿Qué fue lo ocurrido, exactamente?

—En forma técnica, es difícil de explicar. Se lo diré con toda simplicidad: alguien manipuló aquí, rompiendo una válvula.

—¿Qué? —aulló el comandante adjunto soviético.

—El escape de radiactividad se debe a eso. Hay un escape en el sistema de seguridad que envuelve a la pila atómica. Es difícil y peligroso localizarlo y cerrarlo. Pero lo haré.

—Mandell, un instante tan sólo. Eso que usted ha dicho equivale a asegurar que, de nuevo, ha habido un..., un...

—Sí, comandante. Un sabotaje. Otro más.

Silencioso, abatido, Belov colgó el interfono. Miró a los demás. Movi6 la cabeza afirmativamente. Con gravedad.

—Sabotaje otra vez... —fue su ronco murmullo.

Se miraron todos, aturdidos, indecisos. Alguien comentó, con cierto lúgubre sentido del humor:

—Menos mal que ahora... sólo somos nueve sospechosos, comandante.

Lev Belov miró con ira contenida a quien hacía el comentario. Se encontró con la sonrisa amarga de Sacha Kostov, el biólogo.

—Sí, Kostov, eso es cierto —convino, de mala gana—. Muy cierto...

Contempló el cadáver de Andrei Andreiev, con un escalofrío. La terrible mirada vidriosa, desorbitada, parecía fija en él, como una

alucinante amenaza desde el más Allá, en medio de aquel purpúreo rostro deforme, fofo, viscoso y blando, deshuesado, como el de todos los anteriores: la profesora Pearson, el doctor Atkins...

Retiró con dificultad su mirada del horror violáceo. Contempló a todos los demás que le rodeaban. El zumbido apagado de los contadores Geyger conectados a la pila nuclear energética, formaba un siniestro compás de fondo en la silenciosa escena.

Belov no parecía saber qué decisión tomar. Caminó despacio hasta su camarada y compañero de jerarquía, Jonathan Webb. Este le miraba, pensativo, hondamente preocupada su expresión.

—Hay que hacer algo —musitó él ruso.

—Sí, pero, ¿qué? —objetó el americano.

Ambos hombres se miraron, indecisos. Belov se encogió de hombros.

—Ni siquiera sabemos quién comete estos sabotajes y por qué —señaló.

—Tampoco sabemos cómo mueren nuestros compañeros... ni de qué —le recordó Webb.

—Es cierto —los ojos de Belov se nublaron—. Son dos enigmas, Webb. Dos terribles azotes a bordo. Un enemigo, un traidor oculto... y una enfermedad horrible y destructora.

—¿Estás completamente seguro, Lev, de que es *una enfermedad*?

El ruso contempló a su colega americano, con perplejidad repentina. Primero dudó. Luego, su escepticismo se quebró en parte, dando paso a una sombra de recelo, a un resquicio de sospecha inconcreta.

—Espera... ¿Qué insinúas? —trató de puntualizar, astuto.

—Nada. Solamente la posibilidad de que no fuese una enfermedad esa forma horrible y desconocida de morir, Lev.

—Si una dolencia espacial, si un virus cósmico no mató a esos tres compañeros nuestros..., ¿qué o quién pudo ser? Nadie es capaz de disolver el esqueleto de un ser humano, dejando su cadáver convertido en..., en algo amorfo y horripilante.

—Nadie lo logró hasta ahora —silabeó Webb, pensativo. Se volvió.

Hizo un gesto a Sacha Kostov, profesor de Biología de la Unión Soviética—. Sacha, ven, por favor.

El biólogo se acercó a ellos, intrigado. Webb le abordó:

—El doctor Atkins murió cuando hacía la autopsia a la profesora Pearson. El cadáver de ella desapareció de la enfermería, sin dejar rastro. En cuanto a Atkins, su modo de morir fue idéntico al de ella. Eres un eminente biólogo. ¿Qué conclusión personal has sacado de todo eso, y de la muerte insólita de Andreiev, hallado muerto ahí, en el propio laboratorio de química de a bordo?

Sacha Kostov frunció el ceño. Sus ojos brillaron, enigmáticos. La voz no le tembló, al exponer su respuesta ordenada y fría:

—No tengo aún suficientes elementos de juicio. Lo cierto es que no he estudiado el asunto a fondo, comandante. Pero estoy fascinado y asombrado por el suceso repetido de unas muertes que no tienen explicación razonable.

—¿Pudo ser un virus especial, que penetró del espacio?

—Pudo ser, sí. La escotilla abierta por los tornillos y remaches flojos... —se encogió de hombros—. Personalmente, juzgo que es un mal del espacio. A pesar de todos los años que el hombre lleva intentando conquistar el Cosmos, desde aquel lejano día del *Sputnik*, del vuelo de Gagarin, o del primer paso en la Luna de su compatriota Armstrong, comandante Webb..., es más, desgraciadamente, lo que ignoramos que lo que conocemos. Sea como sea, algo ocurre a bordo. Y como biólogo, me desorienta topar con una forma de fin de la vida tan poco normal, tan fuera de lo conocido... Yo quería pedirles... muestras del tejido de cualquiera de esos cuerpos humanos deformados por su rara muerte, para analizarlos e investigarlos biológicamente, en busca de una causa, de una posible razón...

—Concedido —dijo, rápido, Belov—. Estudia el asunto, Sacha. Té necesitamos.

—Gracias, señor —los ojos de Kostov brillaron—. Creo que dentro de tres horas puedo darles una respuesta, cuando menos provisional...

—Tres horas... —Webb miró al indicador Geyger—. Para entonces, serán casi once puntos de la escala de radiactividad... Por cada hora, una probabilidad más en contra... La posibilidad de morir, saturados de radiactividad...

—En ese caso, de poco servirá buscar la naturaleza de una forma

de peligro mortal para eludirla, pero, al menos, lo habremos intentado —sonrió Kostov, sereno—. Lo que haya de ocurrir, ocurrirá igualmente, señor. Si Mandell evita la evasión de radiaciones atómicas, habrá valido la pena investigar esa otra forma de morir que nos está azotando a bordo.

Se alejó, llamando en su ayuda a Larry Leighton, en su condición de químico. Ambos, ruso y americano, iban a unirse en la investigación de aquello que convertía a los seres fallecidos misteriosamente a bordo de la nave orbital, en auténticos monstruos informes.

Entretanto, en los indicadores de radiactividad, subía pausada, inexorablemente, el índice de frecuencia y potencia iónica de la atmósfera interior. Los temibles rayos alfa, beta y gamma de la pila nuclear lo iban saturando todo, inexorables...

El contador Geiger-Muller, impasible, marcaba, con sus latidos, a la recepción de cada partícula iónico, el aumento constante, demoledor, de la fatídica radiación...

Un solo hombre, Mark Mandell, luchaba, junto a la propia fuente de aquella energía de muerte, por la salvación de todos.

A despecho de aquella otra amenaza invisible que destruía la vida y la osamenta de los seres humanos encerrados en el espacio, no lejos de la Tierra, y en órbita en torno a ésta.

Webb respiró con fuerza. Caminó hacia la computadora electrónica, de la que, incansable siempre, Anushka se ocupaba en ese momento, ayudada por la indecisa y temerosa Katia Yurhin, cuyos pensamientos, sin duda, estaban en otro lugar y no en aquella tarea técnica. Muy cerca de la fuente nuclear, en la zona de baterías energéticas. Muy cerca de Mark Mandell...

—¿Piensa hacer algo, Jonathan? —indagó Belov, curioso.

—Sí —afirmó, rotundo, el comandante adjunto norteamericano. — Voy a informar de todo a la Tierra. Sin más demora. Absolutamente de todo, Lev.

—Bien hecho —resopló el ruso—. Pide ayuda, Jonathan. Los acontecimientos nos están rebasando. Es mejor pedir auxilio ahora, cuando aún es tiempo. Ellos harán algo por nosotros, estoy seguro...

Webb asintió. Habló con Anushka. Ella afirmó. El computador actuó, manipulado por la joven rusa. Se programó la información de

emergencia a la Tierra, por las vías de radio establecidas con los centros de seguridad espacial rusos y americanos, en todo el planeta.

Durante unos minutos, zumbó el mecanismo electrónico, emitiendo el mensaje, mecánicamente, y esperando la recepción de la Tierra, con la confirmación al texto cifrado y la respuesta de urgencia, solicitada en aquel auténtico SOS.

Finalmente, la computadora vomitó una tarjeta roja, perforada. Anushka palideció.

Rápida, tomó esa tarjeta. Su pulso temblaba. La aplicó al sistema central de traducción de datos computados. Preocupado, Webb se inclinó hacia ella.

—¿Qué ocurre? —indagó.

—No sé... —ella se mordió el labio inferior, tensa—. Espere, por favor...

Belov observó que algo anómalo sucedía. Dio varias zancadas, hacia ellos. Se inclinó sobre el gran cerebro electrónico que organizaba y controlaba toda la vida de a bordo, así como los contactos y relaciones con la Tierra.

—Jonathan, ¿algo no marcha bien? —se interesó el ruso.

—Anushka pide que esperemos. Pero sí, algo pasa. El computador emitió tarjeta roja.

—¡Tarjeta roja! —Belov resopló—. Eso significa... algo negativo.

—Sí, comandante —dijo roncamente Anushka, extrayendo ahora el mensaje traducido por la computadora—. Terriblemente negativo... Todo contacto por radio, televisión o cualquier medio de comunicación con la Tierra *se ha cortado*, absolutamente. Estamos *aislados* del resto de la Humanidad, señor...

—¡Mirad! —gritó la voz ahogada de Leighton, que se retiraba ya, en compañía del biólogo Kostov, a los laboratorios, con unas muestras del tejido fisiológico del cadáver de Andrei Andreiev, para su análisis.

Todos se volvieron, alarmados. Incluso Webb y Belov, pese a su honda preocupación por el último e inquietante mazazo recibido.

—El indicador de radiactividad... —jadeó Grace Hogan—. Sube más de prisa... Mucho más. Ya está llegando a diez. Dentro de poco, empezará a haber peligro de muerte en la atmósfera interior de la

nave...

CAPITULO II

Mark Mandell respiró hondo. El sudor corría por su faz, pero no podía enjugárselo. Sus manos, enguantadas de amianto, su cabeza envuelta por la escafandra antirradiativa, su pesada indumentaria toda, provista de defensas de plomo contra la radiación, le impedían movimientos fáciles y sencillos.

Todo en él era ahora pesado, lento, trabajoso, en aquel lugar de pesadilla, a muchos grados por encima de cero, bajo el calor energético de la pila nuclear, y recibiendo en sus ropas, herméticas en tanto la radiación no sobrepasara un límite de tiempo prudencial, los impactos invisibles de la radiactividad liberada.

Aunque su expresión tenía una sombra de alivio, sus ojos estaban dilatados, brillantes y excitados. Hubiera deseado tener alas, pero nada más lejos de la realidad, en esos momentos angustiosos.

Allá, frente a él, un contador visual, señalaba ya los once grados y algunas décimas sobre la escala de veinte. Llegar a doce, era ya realmente grave. Alcanzar los catorce, era el umbral mismo de la muerte. Los quince era el fin.

Y la marcha de aquella aguja, sobre los cinco últimos grados de la escala, sólo los verían ya los ojos de los muertos. Era el período de contaminación absoluta, creciendo hasta la reacción decisiva y aniquiladora del propio reactor nuclear, que estallaría, dispersando la nave en el espacio, como una auténtica bomba termonuclear, suspendida sobre la Tierra.

Sin embargo, estaba tranquilo, en parte. Sólo en parte, habida cuenta de la enorme pérdida de energía radiactiva que sufría el reactor atómico. La válvula abierta había sido localizada. Y no hubo error en su hipótesis inicial.

Sabotaje.

Alguien la había manipulado, dejando escapar la radiactividad. Al mismo tiempo, ese alguien, misterioso y cruel, había reactivado la acción de la pila, solamente en reserva hasta entonces, ya que las baterías solares se bastan, durante gran parte del vuelo orbital para alimentar de energía al *Voskod-Star*.

Era intencionado. Criminal, inaudito. Porque eso mataría a todos, como lo hubiera hecho inicialmente la pérdida paulatina del oxígeno,

en el primer atentado criminal.

¿Quién era capaz de tales vilezas, de entre todos ellos? Y ellos, ahora, eran solamente nueve, no doce, como inicialmente.

Nueve seres. El era inocente. Lo sabía, porque solamente cada uno podía saber si era inocente o culpable. Quedaban ocho posibilidades.

De esas ocho personas..., ¿quién?

¿Algún comandante, Webb o Belov? ¿La doctora Grace Hogan? ¿Katia o Anushka? Parecía ridículo pensar en ellas, pero... ¿Larry Leighton, el químico? ¿Igor Banovsky, el técnico espacial? ¿Sacha Kostov, el biólogo?

Eran todos a bordo. Y, forzosamente, *uno de ellos* era un asesino fanático, perverso, ilógico.

Sólo uno. ¿Quién?

Respiró hondo. Pensaba en todas esas cosas, sin dejar de trabajar, de ganar tiempo, de devorar minutos, para luchar por su vida y la de los demás...

Casi estaba ya... A pesar de que sentía arder su piel, estallar casi sus sienes, llorar sus ojos enrojecidos... A pesar de todo, su mano enguantada de plomo y amianto, llegaba ya a la válvula, esgrimiendo los remaches especiales. Bastaría aplicarlos, ajustarlos herméticamente... y luego aplicar la doble plancha de plomo y la zona de vacío antirradiactivo...

Minutos...

Sólo minutos... y todo podía resolverse. Y salvar sus vidas. Y salvar al *Woskod-Star*.

Sólo minutos... y todo podía estar perdido. Para siempre. Vidas, nave, empresa... Todo.

La diferencia era tan sutil, tan insignificante en todo: tiempo, acción, mínimo riesgo... Entre morir y vivir, entre ser o no ser, como el eterno dilema filosófico, pero esta vez trasladado al plano real, tangible, directo.

Mark Mandell sabía el riesgo que corría él. El mismo que corrían todos sus camaradas. El mismo de la nave entera, con toda su dotación a bordo.

El sudor era más copioso cada vez. Corría, frío y era pegajoso, por su rostro crispado, tras el visor de vidrio plastificado de su casco plateado. Las manos, pesadas, recubiertas de plomo y materias antirradiactivas, actuaban sobre la zona virtualmente saturada de radiaciones, en pugna contra la creciente contaminación atmosférica interior, contra el latente veneno atómico, que saturaba en torno suyo el ambiente, haciendo oscilar, implacable, la aguja de los indicadores. Haciendo vibrar, más intenso y rápido, el, contador Geiger.

Mandell, pese a todo, siguió su tarea, tendido sobre la angosta plataforma, sobre el horno inalterable, ardiente, devorador, de la deslumbradora pila atómica, que cegaba ya sus ojos, a través de las rendijas de la abertura en el reactor nuclear.

Y, finalmente, con un supremo esfuerzo, sus dedos agarrotados ajustaron la pieza última. Luego, con un jadeo agotado, que ahogaba el hermetismo de su escafandra, aplicó la tapa hermética, la doble capa de plomo, con la cámara de vacío en medio.

Se dejó caer, abatido, sudoroso, agotado. Sus ojos miraron, ávidos, hacia el indicador mural de radiaciones.

La aguja oscilaba, bailoteaba. Pero su ritmo decrecía paulatinamente. Iba disminuyendo, reduciendo la velocidad. Y retrocediendo. Lenta, muy lentamente, eso sí. Pero retrocedía. Se había roto la progresión maldita. Se había cerrado definitivamente el escape radiactivo, justo cuando la aguja alcanzaba ya el límite de once grados de contaminación letal. Doce, hubiera sido ya demasiado. Y también, quizá, demasiado tarde.

Cerró los ojos, dejando, con alivio casi, que el frío sudor corriera por sus ojos, por su rostro por sus pasas...

—Dios sea loado —musitó—. Lo logré... ¡Lo logré...!

* * *

Había sido el último, el desesperado esfuerzo.

Y de nuevo habían fracasado. Total, definitivamente.

El comandante adjunto Webb respiró con fuerza. Sacudió la cabeza, pesimista. Cambió una mirada vidriosa con su colega Belov.

—Nada... —musitó—. Estamos aislados. Por completo, Lev.

—Lo sé —asintió roncamente el ruso—. Siempre estuve seguro de ello, desde que nos falló el primer intento.

—Esto no es posible... —gimió Webb—. ¡No podemos estar solos, perdidos en el espacio!

—No estamos perdidos —le recordó calmadamente Belov—. Solamente aislados, Jonathan. Tal vez podamos aún reanudar las comunicaciones. Incluso podría suceder que la avería fuese de ellos, no nuestra.

—Lo dudo, Lev. Han sido ya tantas las averías, los sabotajes, los fallos a bordo...

—De todos modos, eso está por probar. Seguiremos insistiendo. Y probando.

—Será inútil, estoy seguro.

—Eres un pesimista, Jonathan —sonrió el ruso, serenamente.

—Quisiera sentirme optimista. Y no puedo.

—Bueno, después de pasar ese trance, no veo por qué verlo todo negro —dijo Belov, encogiéndose de hombros y señalando con aire risueño a los indicadores radiactivos—. Mandell nos salvó la vida a todos. Es un gran tipo ese muchacho, Jonathan. Deberías sentirte orgulloso de un compatriota así.

—Sabía que Mandell era un hombre eficiente y decidido. Por eso formó parte de esta dotación, Lev. Pero ahí tienes los factores negativos: total ausencia de contactos con la Tierra. No podemos informarles de lo que sucede a bordo. Ni ellos comunicarnos nada a nosotros.

—Eso tiene fácil solución. En los centros de seguimiento espacial saben ya lo que está ocurriendo, Jonathan. Si no corrigen el fallo pronto, harán algo.

—¿El qué? ¿Enviar una dotación de reserva o una nave de auxilio, contra todo programa establecido, anticipándose tres meses en los planes previstos? —Webb sacudió la cabeza—. Lo dudo mucho, Belov.

—Bueno, hemos de ponernos en lo mejor. Al menos, tener confianza en nosotros y en nuestro futuro —el soviético hizo un gesto grave. Luego, se inclinó sobre Webb, añadiendo confidencialmente—: Además, recuerda algo: todavía quedan siete personas que dependen de nosotros dos. Por ellos, debemos mantener la moral muy alta.

Ocurra lo que ocurra.

—Ocurra lo que ocurra... ¿Puede ocurrir algo peor, Lev?

—No lo sé —el comandante adjunto se estremeció ligeramente—. No lo sé... y eso es lo que me inquieta. Si ocurre algo peor..., ¿adonde terminaríamos todos?

Esta vez, ni Webb se atrevió a decir nada, ni Belov añadió cosa alguna a su tenso y preocupado comentario.

Luego, tras un silencio, el comandante norteamericano miró a la vidriera que les separaba del laboratorio iluminado, y comentó:

—Me pregunto ahora... ¿Sacarán algo en limpio Leighton y Kostov de..., de esas muestras de tejidos humanos, extraídos al horrible cadáver de Andrei Andreiev?

A eso, tampoco Belov supo qué responder. Y nada respondió. Pero su mirada calculadora, continuó fija en el panel de vidrio.

Detrás, bajo la luz, en el laboratorio, el ruso y el americano continuaban su estudio biológico de los tejidos humanos de Andreiev, en busca de una solución a lo insoluble.

* * *

Fue Sacha Kostov el primero en advertirlo.

Alzó la cabeza. Miró fijamente a su compañero. Larry Leighton. Ambos hombres revelaron la misma incertidumbre en su modo de mirarse.

—¿Qué? —musitó el americano, en tensión.

—Creo..., creo que lo tengo... —musitó Kostov, inquieto.

—¿Lo tienes...? ¿El qué, exactamente?

—La solución. La verdad.

—La verdad... —sacudió la cabeza, aturdido—. Cielos... ¿Es posible, Sacha?

—Sí. Creo que sí —murmuró el ruso—. No puedo estar seguro aún, pero..., pero es muy posible que..., que ello sea así.

—Yo..., yo sospecho algo, he captado indicios, pero..., pero no puedo creer que...

—Entonces, *también* has dado con ello —musitó Kostov—. Es increíble, ¿verdad?

—Por completo —rodeó la mesa de trabajo del laboratorio, fue hasta el microscopio donde su compañero había hecho los estudios minuciosos de aquellas muestras de tejido humano.

—Entonces... hemos llegado a la misma conclusión —alzó la cabeza, mirando absorto al químico americano—. Biológicamente... no hay muchas dudas sobre el resultado.

—Químicamente, me temo que tampoco —meneó, afirmativo, su cabeza Leighton. —Bien... ¿Qué hacemos?

—Salir. Y decirle a Webb y Belov lo que hemos encontrado.

—Me pregunto si van a creernos.

—Tienen que creerlo. Son dos criterios diferentes, dos modos de estudiar el mismo asunto. Y el resultado parece que es idéntico... —cotejó unos apuntes y unas reacciones químicas, con un texto bocetado de su compañero. Ambos se miraron, preocupados—. Sí, es casi lo mismo...

—Cielos, ¿podremos enfrentarnos a..., a algo semejante?

—No lo sé. No sé nada, amigo mío. Pero, de cualquier modo, hay que revelarlo. Y lo antes posible...

Asintió su interlocutor. Ambos hombres se encaminaron a la puerta que se abría en el panel de vidrio. Al otro lado estaban los computadores, el gran visor especial, la estación de observación meteorológica y los demás sistemas de estudio y ensayo de a bordo, para investigar cuanto interesaba al ser humano, sobre su mundo visto desde el espacio.

No había nadie afuera. Una media penumbra lo envolvía todo. Los computadores actuaban automáticamente. Los tableros hacían guiños de luz y color, las pantallas transmitían complejas operaciones matemáticas, y resolvían, sobre la marcha, las difíciles problemáticas que ofrecía el vuelo orbital autónomo, y sin intervención directa de la mano del hombre.

Más allá, como un esplendoroso paisaje, digno de un juego de magia y ensueño, la Tierra. Inmensa, azul, límpida, rodeada de jirones

de nubes movidas por vientos y corrientes meteorológicas. Como en una fantasía o en un juego escenográfico increíble. Sólo que era toda realidad. La Tierra, vista desde el espacio. La Tierra, rodando a sus pies, lejana y remota. Inaccesible ahora para ellos. Vecina y, a la vez, inalcanzable incluso por radio o televisión. Solamente su efigie, flotando en el negro espacio vacío de atmósfera. Hermosa y entrañable. Como la mejor de las compañeras.

—Es maravilloso —musitó Leighton, absorto, contemplando aquel paisaje cósmico que daba resplandores azulados a su rostro.

—Un prodigio, Larry. Pero hay que hacer algo, si queremos verla de nuevo, más cerca y con nuestros pies en tierra. Vamos, aquí no hay nadie. Buscaremos a Webb o a Belov donde estén, para darles confidencialmente el informe. No hay otro remedio. Cuanto antes sepa la verdad, antes se podrá poner freno a lo que está sucediendo a bordo...

—Sí, vamos, Serge. Deben estar abajo, en la Planta B...

Se movieron hacia la puerta.

Un instante después, en aquella penumbra iluminada de azul lívido por la efigie del planeta Tierra, hubo un extraño susurro, un gorgoteo siniestro, luego un alarido humano, otro más, poco más tarde... y un olor hediondo se extendió por doquier.

Tras unos momentos de actividad, de horrible y susurrante actividad en la sombra, volvió el silencio a la cámara de investigaciones científicas y técnicas de la nave orbital *Voskod-Star I*.

Algo viscoso, blando y repulsivo, se agitó, unos momentos en el suelo, antes de quedar inmóvil.

Nadie fue testigo del horror que tuvo por escenario aquella zona de la nave. Nadie supo nada hasta que "algo" fue hallado allí, para terror de todos.

* * *

—Dios mío... Sólo quedamos ya... "siete".

—Eso es. Siete en total. Nosotros dos... y cinco subordinados —dijo amargamente Belov, cambiando una mirada con Webb—. Se reducen posibilidades de supervivencia, amigos. Todos sabemos lo que

eso significa.

Grace Hogan cubrió con una sábana las dos formas repulsivas, gelatinosas, deshuesadas y amorfas. Los cuerpos yacían inmóviles bajo la tela.

—Dios mío... —murmuró ella, al borde del histerismo, pese a su condición de doctora en psiquiatría—. Dos más...

—Ellos descubrieron algo —masculló, con ira, Igor Banovsky—. Por eso murieron también.

—Creí que todo era una dolencia, una epidemia absurda y terrible, Igor —le recordó fríamente Anushka Diliev—. De ser así... una enfermedad no puede eliminar a quien la combate.

—¡No es una enfermedad, estoy segura! —sollozó Katia Yurhin, nerviosamente—. ¡Estoy segura de que hay algo a bordo, que nos destruye a todos!

—Serían demasiadas cosas a la vez —sentenció gravemente Mark Mandell, oprimiendo la mano de Katia con ternura—. Un saboteador criminal, un enemigo invisible y diabólico, que pudiera matar de ese modo a dos humanos... No, no creo que tengamos en la nave a ningún ser capaz de esto. La enfermedad es la teoría más lógica. Leighton y Kostov tuvieron un contacto directo con esos seres sin esqueleto, con sus tejidos. Pudieron contaminarse... y éste es el resultado.

—¿Esa es tu teoría, Mark? —indagó Webb, ceñudo.

—Podría serlo. No me he formulado aún ninguna concreta. Lo cierto es que... no entiendo mucho de lo que está ocurriendo.

—Apenas tuviste tiempo de salir de la cámara de esterilización de radiactividad, tras evitar el caos a bordo y ya estás enfrentado a otra pesadilla —se quejó Belov, ceñudo también—. Es demasiado, Mandell. Nadie te pide tu hipótesis al respecto. Los que podían tener una han muerto ya: físicos, químicos, biólogos... e incluso un médico.

—Queda otro médico —terció la doctora Hogan—. Yo, comandante.

—Sí, doctora. Pero prefiero que no se meta en esto. No quiero más riesgos para nadie. Además, usted es psiquiatra. El asunto no encaja en su especialidad. Y me alegro de ello. Empiezo a tener miedo por todo el que pretende ir más lejos de esta investigación. Si sufrimos una peste cósmica, la aceptaremos como viene. Pero no facilitaremos que se cebe en nuestras víctimas, por todos los diablos.

—¿Cómo espera evitarlo? —dudó Igor Banovsky.

—Ante todo, deshaciéndonos de esos cuerpos —dijo Belov, enérgico.

—¿Sin intentar analizarlos de nuevo, buscar la verdad en ellos? —se quejó Grace.

—Sin nada de eso, doctora —cortó con dureza el técnico espacial ruso—. El comandante hará bien en destruir los cuerpos... si ello es posible.

—Lo será —prometió Lev Belov—. Vamos a destruir los cadáveres. En el colector de basuras.

—Es inhumano, comandante —se quejó Mark. Luego, suspiró, contemplando a todos—. Pero necesario. Estoy con usted.

—Yo también —habló con dificultad el comandante adjunto Jonathan Webb—. Será doloroso y terrible, convertir a esos seres, que eran nuestros camaradas hace pocas horas, en simples detritus pulverizados y lanzados al espacio casi en partículas inexistentes. Pero debe hacerse, por supuesto. Todos cooperaremos a ello, Lev.

—Gracias, Jonathan. Me alegra vuestra ayuda y confianza —Belov inclinó la cabeza, con aire sombrío—. Me gusta tan poco como a vosotros, pero no hay otro remedio. Y de veras lo lamento. Muy de veras...

No se habló más. Se dispuso todo para la destrucción de cadáveres. Anushka se llevó a Katia aparte, sabiendo que no soportaría aquella dura prueba. Grace Hogan, Mandell, los dos comandantes y Banovsky se dispusieron a prepararlo todo para terminar con los cuerpos de Atkins, Andreiev, Leighton y Kostov.

Una vez envueltos los dos últimos, y bien dispuestos para su destrucción total ante la boca del disolvente de basuras y detritus de a bordo, esperaron a que Mandell, Banovsky y Webb fuesen por los otros cuerpos.

Regresaron en seguida. No traían nada consigo. Belov y Grace Hogan les miraron, sorprendidos. También Anushka, que regresaba con Katia.

—¿Qué sucede? —quiso saber Belov, perplejo— ¿Y los cadáveres?

—No están —jadeó Mandell, muy pálido—. Los cuerpos del doctor Atkins y de Andreiev *han desaparecido* sin dejar rastro.

CAPITULO III

El sistema de trituración y desintegración emitió su peculiar sonido. Bastaron unos instantes. Algo licuado, incoloro, escapó al espacio. Tras pasar por los sistemas de purificación y esterilización, aquellos residuos no podían causar daño alguno en el vacío.

Era todo lo que quedaba de ellos; de Leighton y de Kostov, las últimas víctimas de aquella extraña, alucinante epidemia sin precedentes.

—Y ahora..., ¿qué? —preguntó en voz alta Mandell, con gesto profundamente pensativo.

—Nada —musitó Webb—. No queda nada por hacer, sino seguir adelante, esperar a establecer comunicación con la Tierra... y rogar a Dios por todos nosotros. Al menos, aquel que crea en El...

No hubo respuesta por parte de nadie. Creyentes o no, todos pensaban ahora en lo difícil de un milagro a tales alturas.

Eran ya demasiadas adversidades para confiar en nada. El sabotaje criminal, la fantástica peste del espacio... o lo que ello pudiera ser. Y la presencial actual de sólo siete seres vivientes a bordo. De los cuales, tres eran mujeres.

Si alguien había tenido una posible duda, fue Anushka Diliev, la experta en electrónica, quien la formuló en voz alta, haciéndose eco de todos ellos:

—Y el saboteador misterioso..., ¿será uno de nosotros, los vivos? ¿O habrá muerto, víctima de ese extraño mal?

Tras su pregunta, formulada al azar, reinó el silencio. Alguien dio un leve respingo, con sobresalto. Los demás permanecieron callados, mirándose entre sí, recelosos, preocupados.

—No deja de ser una posibilidad —admitió, por fin, Belov.

Grace Hogan y Jonathan Webb dormían bajo la acción de calmantes, en sus respectivas literas. Cinco quedaban en pie, para cumplir los servicios de a bordo, al mando de Lev Belov. Al cabo de seis horas, dormirían Mandell y Anushka; luego Banovsky y Katia, así como Belov, para pasar Webb a comandante de guardia. Los turnos eran difíciles de ajustar, con tan escaso número de supervivientes, y

tan complejas tareas a bordo.

La conexión con la Tierra, seguía siendo nula.

Mark Mandell estaba sentado junto a Katia, no lejos del gran visor por el que la Tierra era un fascinante espectáculo, lejano y anhelado. Ahora, quizá, más anhelado que nunca pudo serlo.

La joven rusa miró largamente a su compañero americano. Musitó su pregunta, indecisa:

—¿Tú qué crees, Mark?

El se encogió de hombros, vacilante. No parecía demasiado seguro tampoco de sus propias ideas.

—No sé... —masculló—. Todo puede haber sucedido. Si el saboteador ha muerto, solamente quedará un motivo de inquietud: la epidemia. Si no es así... estaremos entre la espada y la pared.

—¿Saldremos con vida de ésta, Mark?

—Si pudiera responderte, Katia... —la contempló largamente, con profunda expresión de ternura, de comprensión—. Sé tanto como tú...

—Mark. Me..., me gustaría sobrevivir. No por mí solamente, sino por..., por ti. Por nosotros dos.

—Eso suena bien, Katia. Muy bien. Yo también pienso en ti, no en mí.

—Mark, me..., me siento segura, cerca de ti...

—Si tuviera que defenderte de algo o de alguien, puedes estar convencida de que esa seguridad en mí no sería injustificada. Haría lo que fuese por salvarte, por hacerte salir de esta nave y regresar a la Tierra... Pero eso, por desgracia, no está en mi mano...

—Mark... A pesar de todo, ocurra lo que ocurra... yo..., yo siempre tendré fe en ti. Sé que tú y yo somos inocentes. Por tanto, si alguien hubo culpable, fue uno de los demás. Ruso o americano, eso no lo sé. Pero uno de los otros, eso sí.

—Tu confianza me enorgullece. Te aseguro que no soy el saboteador —sonrió Mark.

—No necesitas decirlo. Tampoco habrás sospechado de mí, ¿verdad?

—Cielos, claro que no. En realidad, el saboteador ha dejado de tener importancia para mí. Es..., es a esa extraña acción sobre nosotros a la que temo.

—¿La enfermedad?

—O lo que sea, sí.

—Tú aseguraste que debía ser una enfermedad, y no otra cosa...

—No deja de ser una posibilidad —admitió, por fin, Belov.

—Tiene que serlo, pero podemos estar equivocados. Los muertos no desaparecen por sí solos. No creo que se disuelvan como se disolvieran sus huesos,

—¿Entonces...? —se estremeció Katia, muy alarmada.

—Yo me pregunto si, ciertamente, estamos ante algo natural... o hemos salido de lo que se adapta a las leyes naturales, para entrar en un mundo de alucinantes peligros.

—Estamos solamente en órbita alrededor de la Tierra, no lejos de ella o del Sistema Solar que conocemos, Mark...

—Lo sé, lo sé. Sin embargo, desconocemos tantas cosas de la existente... No logro ver claro en nada. Aquellos sabotajes carecían de sentido, a menos que un fanático enloquecido formase parte de la dotación, y planeara destruirnos a todos, a la vez que se destruía él. Una especie de los viejos *kamikazes* japoneses de hace cincuenta años..., en versión espacial. Ten en cuenta, Katia, que tanto Moscú como Washington, han enviado aquí lo más selecto de sus especialistas en astronáutica, con alguna carrera determinada, de utilidad primordial en un experimento así. Además, nuestros historiales respectivos fueron exhaustivamente estudiados y compaginados. Sabían a quiénes elegían; gente de toda confianza, de perfecto y total equilibrio... No, no parece que admitiesen a nadie anormal.

—La locura está, a veces, tan escondida... —objetó Katia pensativa—. El ser más normal en apariencia, puede ser un demente peligroso. Tal vez el salto al espacio trastornó a alguno y...

—Sigo sin verlo claro, Katia. Como tampoco entiendo qué clase de mal puede afectar a los humanos, hasta el punto de destruir primero su esqueleto, dejando su cuerpo convertido en una piltrafa amorfa...

—Tal vez ese virus cósmico de qué hablasteis...

—Sí, tal vez —suspiró él—. Es la única posibilidad, al menos a juicio mío. Pero aun así, no termino de ver nada despejado. Sigue intrigándome esa desaparición de cadáveres... Siempre a medida que otros mueren de igual dolencia.

—¿Eso puede tener algún sentido?

—Tal vez, Katia, tal vez... —Mandell se frotó el mentón, pensativo. Se incorporó, tras una cariñosa presión de la mano de ella—. De cualquier modo que sea, Katia..., algo me dice que ahí, justamente ahí, puede estar la clave de todo...

Ella le miró larga, silenciosamente, con repentina expresión de sorpresa y de intriga. Mandell le sonrió, sin añadir más. Y se alejó, dejándola sumida en la contemplación taciturna y melancólica del planeta Tierra.

* * *

Anushka Diliev, dominó un bostezo de cansancio.

Ante ella, como un ritmo intermitente, monocorde siempre, palpitaban luces y reflejos de los tableros luminosos de la gran computadora central, en la quietud solemne en que ahora se hallaba la vasta sala de control e investigación.

Webb era comandante de guardia a aquellas horas; Banovsky y Katia reposaban igualmente en sus literas respectivamente, y solamente Mark Mandell, Grace Hogan y ella estaban de servicio, bajo el mando del comandante adjunto norteamericano.

La eterna noche espacial, en el negro vacío cósmico, más allá de la Tierra, no ofrecía alternativas a los astronautas. Solamente cuando veían el dorado disco del sol en el negro espacio, iluminando la Tierra brillantemente, sabían que estaban pasando sobre ella en pleno día para seguir luego su órbita, sobre salpicaduras remotas de luces y vastas zonas de sombra, en los países y continentes en plena noche.

Esa era una sucesión rápida e invariable, para una nave orbital como la de ellos. Y Anushka, fatigada, vencida por tantas emociones vividas últimamente en apretada sucesión sentía a veces sueño, un invencible deseo de volver a su litera, y dejar la computadora electrónica, con todo lo que ello implicaba...

Pero debía mantenerse allí, firme en su puesto, intentando por todos los medios captar algún mensaje terrestre, transmitir algo que llegase al planeta Tierra, aunque, hasta el momento, todo esfuerzo había resultado vano. El sistema de radio seguía sin funcionar, y ni se emitían ni recibían mensajes. El aislamiento era total.

Los demás servicios automáticos de la computadora, funcionaban a la perfección. No sucedía nada anormal en los circuitos. El vuelo orbital era correcto, las mediciones y comprobaciones, exactas. Las correcciones en el vuelo, las adecuadas.

Anushka sentía el peso en sus párpados, sopor en sus ojos, relajamiento en su cuerpo todo. Contempló, como entre brumas, el pestañeo de luces del tablero electrónico, el rodar invariable de las cintas magnéticas de la "memoria"...

De repente, giró la cabeza a medias.

—¿Quién es? —preguntó—. ¿Usted, comandante Webb?

Hubo un roce a su espalda. Algo así como un jadeo respondió a su pregunta. El más apagado, susurrante y extraño jadeo que nunca oyera Anushka Diliev...

Se volvió ella más bruscamente, preocupada, en la semipenumbra amable de la sala en reposo.

Las luces parpadeantes de la computadora, iluminaron *aquello*.

Un largo, terrible, estremecido alarido de horror sin límites, escapó entre los labios de Anushka, en la más alucinante explosión de pánico y angustia que podía ofrecer un ser viviente...

* * *

Mark Mandell pegó un formidable respingo. Luego se precipitó a la carrera, en dirección adonde sonara el alarido de mujer, desgarrador y lacerante.

—¡Anushka! —aulló, reconociendo la voz.

De pasada, tiró del sistema de alarma, en el corredor lanzándose escalera arriba, hacia la Planta A, o Superior...

Temía lo peor, a medida que se aproximaba al lugar. Pero lo peor,

nunca pudo ser tan malo como lo que vio instantes después, con ojos desorbitados.

Ya desde que captara el grito horrible de la joven experta rusa en Cibernética, esperó encontrarse, una vez más, ante uno de aquellos espantosos cadáveres púrpura, ante un cuerpo deforme, rugoso y atroz, de un ser humano brutalmente deshuesado por razones para él oscuras e insondables.

Y así fue... en parte.

Porque ahora, ante él, estaba Anushka, realmente..., en pleno proceso mortífero, víctima de un terrible mal, de un adversario invisible y cruel, que retorció, distendía su cuerpo, humeando éste una especie de viscosa bruma maloliente. Y a medida que aquel humo brotaba del cuerpo agitado en tierra..., el esqueleto de la joven rusa se *disolvía*, se iba destruyendo solo, sin intervención de nada ni de nadie...

El rostro horripilante de ella, en un rictus de angustia, se fijo en él desde el suelo. Gorgoteó algo, algo confuso, indescifrable para Mark Mandell. Luego, cayó hacia atrás, desorbitándose paulatinamente sus ojos, huyendo de su rostro un vaho violáceo, que era como si la piel humease, o el sudor se convirtiera en vapor, aunque en realidad no era exactamente nada de eso.

Anushka tornándose púrpura ante él, quedando flácido su cuerpo vital, de mujer todavía joven, fuerte, vigorosa y llena de energías.

Mark Mandell, esgrimiendo su arma, inútil ante aquella amenaza surgida sólo de Dios sabía dónde, permaneció rígido, ceniciento el rostro, crispada la faz por el horror que le embargaba.

—Dios mío... No puede ser... —musitó—. No puede haber algo tan horrible como esa agonía, más allá... más allá de la Tierra y de su atmósfera...

Pero era evidente que lo había. El había sido excepcional, demudado e inútil, testigo de todo.

El, Mark Mandell, a bordo de la cápsula espacial orbital ruso-americana, *Voskod-Star I*, había sido posiblemente el primer ser humano en presenciar aquella pesadilla sin precedentes..., y vivir para contarlo.

¿Vivir?

Mark Mandell no estuvo demasiado seguro de ese punto, justo

unos instantes después.

Porque allí, ante él, súbita, angustiosamente, emergió el peligro

Y esta vez, sí.

Esta vez, el peligro era visible. Era ALGO, por fin.

Estaba allí, frente a él. Luego, se precipitó sobre Mandell, que lanzó un ronco grito de angustia.

CAPITULO IV

Mark Mandell supo que estaba frente a la Muerte.

Tuvo inmediata conciencia de ello. Una muerte insólita, fantástica, llegada acaso de remotos espacios cósmicos.

Una alucinante forma de morir, VIVA Y CRUEL...

El aleteo lúgubre se hizo intenso en el lugar. Fue como una sombra alada, proyectándose hacia él, a la claridad azul de la Tierra, en la noche de los mundos. Y "aquello" le rozó, de forma nauseabunda.

Se arrojó velozmente a un lado, eludiendo el contacto. Aun así, percibió el roce frío y repugnante, que dejó en su piel una sensación ardiente, pegajosa y áspera, como si la piel de un reptil babeante le hubiera tocado.

Instintivamente, Mandell disparó. Una, dos, tres veces.

Su arma especial, dotada de cartuchos adecuados a la gravitación artificial, arma más defensiva que ofensiva en todo caso, llameó con un seco crepitar no demasiado ruidoso, contra la forma flotante en el aire, aquella especie de translúcido y helado ser volante.

La puerta estaba abierta, al fondo de la cámara. Y hacia allá voló, vertiginosa, la forma cristalina, que parecía un boceto de ave, una simple masa romboidal, agitando sus agudas extremidades, para terminar desapareciendo en el corredor vertical.

Jadeante, lívido, Mandell pasó decidido al ataque. Al fin había visto algo, y no estaba dispuesto a perderlo definitivamente, o hasta el próximo ataque a la dotación del *Voskod-Star I*.

Cuando apareció, arma en mano, en la abertura oblonga de la pared metálica, asomando a la verticalidad del corredor dotado de escala igualmente metálica, no vio ni rastro de la "cosa". Sencillamente, no estaba. No aparecía en parte alguna.

En su lugar, vio, sorprendido, subir apresuradamente la escala a su superior y amigo, el comandante Jonathan Webb.

—¡Mandell! —exclamó, al verle. Iba pálido, demudado, con ojos febriles esgrimiendo un arma con expresión angustiada— Mandell, por el amor de Dios, ¿qué sucede ahora?

Mark se echó atrás, jadeante. Se enjugó el sudor de un manotazo. Ni él mismo reconoció su propia voz cuando respondió al comandante adjunto de la nave orbital:

—Lo he visto, comandante. Al fin lo he visto... Sé que esa forma de muerte... es ALGO VIVO Y MATERIAL. Lo que no sé, es de dónde sale... ni adonde vuelve. Pero acaba de desaparecer en este mismo corredor, ahora mismo...

—¿Ahora? —dudó Webb, pestañeando. Miró arriba y abajo, a un lado y otro. Sacudió su cabeza, negativamente—. Imposible, Mark. No he visto nada. Ni cosa o persona alguna salió por esa puerta en todo el tiempo...

* * *

Trepidó ahogadamente el triturador y corrosivo de basuras. Otro cuerpo humano se fue al limbo de las cosas y seres perdidos en el espacio. Anushka Diliev tampoco tendría nunca un funeral como el de todos los seres humanos. Anushka Diliev, mujer del espacio, había sido para siempre sepultada, como los auténticos marinos, en el gran océano de su aventura humana: el Cosmos sin principio ni fin...

Reducida a pulpa invisible, a materia desintegrada. Convertida en nada.

—Dios la acoja en Su seno —dijo con voz ahogada Lev Belov, que no era precisamente un fervoroso creyente.

—Amén —susurró Jonathan Webb, junto a su colega.

Siguió un profundo, lúgubre silencio. La reducida dotación de la estación orbital, presente en su totalidad, se arracimó, mirándose todos entre sí, desconfiadamente unos a otros.

—Somos justamente la mitad —suspiró Igor Banovsky—. Seis...

—¿Cuántos seremos, al final de todo esto? —sugirió con voz ahogada Grace Hogan.

Nadie se atrevió a dar un vaticinio. Pero los rostros eran expresivos. Había cansancio, miedo y desesperanza en todos ellos. No habían podido evitar que media dotación se perdiera, en sólo unas pocas fechas de vuelo orbital. Quedaban casi tres meses aún. Nadie se hacía ilusiones.

—Si al final de este vuelo, no ha venido nadie de la Tierra a ayudarnos, me temo que nadie quedará con vida a bordo —señaló Mark Mandell.

—Excepto el saboteador, si aún vive, y no es atacado por... por esa "cosa" que tenemos a bordo —dijo con voz ahogada Belov.

—El sabotaje pasó ya a segundo plano. Y, sin embargo, acaso sea el origen de todo —hizo notar Katia Yurhin tímidamente. Estaba muy cerca de Mark, como buscando protección junto a la alta figura de éste—. Cuando los tornillos se aflojaron, cuando algo de exterior pudo filtrarse por esta nave, acaso un virus monstruoso, flotante en el vacío, creció y se desarrolló entre nosotros...

Mark alzó la cabeza. La miró, pensativo. Luego, afirmó despacio:

—No es ninguna tontería. Más o menos, la realidad debió ser ésa, Katia.

—Pero el supuesto virus, según tú relato, Mark..., tiene forma de cuerpo alado, flota en el aire..., y es viscoso, frío, cristalino —hizo notar Webb—. Además... desapareció como por arte de magia.

—Pudo ser una alucinación —señaló Grace.

—No lo fue, doctora —replicó secamente Mark, volviéndose hacia ella con irritación—. Lo vi tan claramente como puedo verte ahora a ti. Incluso rozó mi rostro. Y yo no bebo, para tener visiones de *delirium tremens*. Era una forma alada, romboidal, gelatinosa y fría, translúcida acaso. No mayor que un gran murciélago, pero tampoco menor. Y no tenía rostro, cabeza o patas, ni cosa así. Era... totalmente plana.

—¿Cómo una raya, aproximadamente? —sugirió vivamente Banovsky.

—Sí, más o menos —convino Mark.

—Perdona, Mark —suspiró la doctora Hogan—. No quería ofenderte. En realidad, todos podemos sufrir, en las actuales circunstancias, una alucinación de cualquier tipo. Pero ya veo que fue real. Lo sorprendente es que esa materia, lo que sea, pueda... volatilizarse, desaparecer sin ser vista.

—Tal vez se adhiere a las cosas y, siendo transparente, o translúcida, no se deja ver con facilidad. O adopta la técnica del camaleón, y altera sus colores, confundiéndose con el medio ambiente.

—Estoda una posibilidad —aceptó Belov, reflexivo—. Sí, estoy

conforme con eso... No sería ninguna tontería que sucediera algo así.

—Entonces, sugiero algo: busquemos esa "cosa", sea lo que sea —habló Webb—. Iremos por parejas, y armados. A la menor señal de alarma... haremos fuego. ¿Conformes?

—Conformes —aceptó Belov—. Serán tres grupos de cacería, Webb. Uno, formado por ti y Banovsky, otro por la doctora Hogan y yo, y el tercero por Mandell y Katia. Espero que sea eficiente el empeño. Aunque mucho me temo que el enigma siga latente, al terminar la búsqueda...

Belov acertó en sus pronósticos pesimistas.

La caza del fantasmal ser volador duró bastante tiempo. Se revisó minuciosamente hasta el más remoto rincón de a bordo, desde la cámara de cultivo de algas, hasta el depósito de agua potable y los compartimientos de equilibrio y gravitación, así como las zonas neutras y los reactores nucleares y baterías solares.

Cuando se reunieron de nuevo los seis supervivientes, en la sala de juntas, sus rostros revelaban profunda decepción.

—Nada —dijo Webb, como portavoz de todos—. Fracaso otra vez...

Se miraron entre sí. No atinaron a decir ni comentar cosa alguna. En realidad, su decepción era tanta, que ni valía la pena hablar al respecto.

* * *

—¿Qué haces, Mark?

Mandell sonrió, alzando la cabeza. Señaló a Katia un asiento junto a él, en la sala desde donde la Tierra podía ser nítidamente observada.

—Tomo apuntes, Katia —explicó.

—Este es mi puesto de trabajo —le recordó ella—. ¿Te quieres convertir en un meteorólogo tú también?

—No —rechazó suavemente el joven—. Busco algo más complejo que el tiempo previsible, las borrascas o las corrientes marinas, Katia.

—Algo... ¿cómo qué? —también ella logró sonreír, dulce y calladamente, al acomodarse a su lado.

—Un saboteador.

—¿Qué? —pestañeó, sorprendida. Le miró, con aire intrigado—. ¿A qué viene eso ahora, Mark?

—Es inútil devanarse los sesos buscando una explicación a ese fenómeno asesino que he presenciado. No sacaría nada. Me faltan elementos de juicio, como la autopsia de Atkins, o el examen químico y biológico de Leighton y Kostov, por ejemplo. Aunque a ellos todo eso les costó la vida. Algo hay que hacer para mantener la mente distraída y no pensar en la pesadilla atroz que estamos viviendo. De modo, que pienso en lo único factible: el sabotaje.

—¿Por qué eso, precisamente?

—Porque tengo una teoría audaz, Katia.

—¿Cuál?

—No, no quiero aventurar nada aún. Es pronto. Pero estoy convencido de algo, por desgracia.

—¿De qué, Mark?

El hizo una corta pausa. Cuando habló, su tono era sombrío:

—El autor de los sabotajes; el traidor de a bordo... VIVE todavía.

—Dios mío... —la joven ucraniana cerró sus ojos, estremeciéndose. Apretó con fuerza sus labios, sin añadir más. Permaneció allí callada, en total abstracción, como si la afirmación de Mark la hubiera impresionado profundamente.

—No debes asustarte —la calmó Mandell—. Nada puede ser ya peor de lo que es la situación de a bordo, con esa "cosa" invisible flotando por ahí, acechándonos acaso.

Katia abrió sus ojos, estremecida, contemplando con aprensión los muros, el techo, los ingenios electrónicos en funcionamiento...

—Mark, ¿qué te hace suponer que ese canalla..., aún exista?

—La radio. Las comunicaciones cortadas. Es sabotaje, estoy seguro.

—Pero..., ¡pero eso perjudicaría a todos por igual, y nos dejaría

solos, indefensos, ante ese mal espantoso que nos acecha!

—Hay que partir de una base, Katia, el autor de los sabotadores no vacila en morir él con tal de destruir a los demás, que es como destruir todo esto: la obra el proyecto, la estación orbital, acaso la propia fraternidad humana. Estamos ante un fanático, acaso un demente, que se ha hecho un propósito, y espera cumplirlo, con su propio sacrificio.

—Hablas de ese ser... como si fuese *un hombre*. ¿Lo es?

—No puedo saberlo. Podría ser Grace Hogan, claro.

—O yo.

—O tú —sonrió Mark, tomando sus manos. Luego, negó despacio—. No, Katia. Sé que tú no puedes ser.

—No debes fiarte de nadie. Tras un rostro dulce y un aire bondadoso, puede esconderse el enemigo. Y más, si es un demente. La astucia de un loco no tiene límites.

—Lo sé. No hablo por fría lógica. Es el corazón el que me lo dice, querida.

—Mark, eres muy bueno conmigo —le miró tiernamente—. Lástima que esta aventura no se termine felizmente y tú... y yo... pudiéramos soñar incluso...

—Sí, Katia —se inclinó sobre ella. Besó sus cabellos, su mejilla. Ella se estremeció, y buscó la boca de él. La encontró. El beso, el contacto mutuo fue intenso. Se tornó luego apasionado.

Se abrazaron. Se entregaron por unos maravillosos instantes solamente a sí mismo, en mutuo estallido de pasión. Al separarse, sus ojos brillaban, sus respiraciones eran entrecortadas.

—Mark... —musitó ella.

—Katia, pequeña... —susurró él.

—Mark, ¿por qué? ¿Por qué precisamente nosotros dos...?

—Tenía que suceder. Aceptamos la nominación para ser astronautas. Este es nuestro destino, a fin de cuentas.

—No es justo. Era... mi primer salto al espacio, Mark.

—Lo sé —él agitó el papel donde antes había estado escribiendo

—. Aquí tengo las anotaciones hechas. Tú y Larry Leighton, erais los únicos "novatos" en este vuelo. Todos los demás habíamos debutado ya como tripulantes de alguna nave espacial.

—¿Te ocupaste de anotar eso?

—Puede ser importante, Katia.

—¿Importante?

—Para localizar al enemigo emboscado, al autor de los sabotajes.

—¿De veras, Mark? ¿Qué tiene que ver todo eso de la veteranía en el espacio, respecto a... una cosa como ésa del sabotaje criminal en la nave?

—Puede tener que ver. Y mucho.

—¿Motivos, Mark?

—Algo que sucedió en otro viaje, pongamos por caso. Un complejo, un afán de venganza estúpido, un fanatismo... He pedido los datos de todos nosotros a la computadora. Estoy esperando que me los facilite, detallados. Pero algo hay por delante: diez de nosotros, hicimos otros viajes al espacio anteriormente. De esos diez, han muerto cinco. Quedamos solamente los comandantes Webb y Belov, veteranos del espacio, en cabeza de vuelos espaciales, con viajes a la Luna, incluso, y un viaje orbital a Marte del primero, así como otro a Venus de tu compatriota... Quedan luego Banovsky, Grace Hogan... y yo.

—Tú estás descartado, Mark.

—Para mí, sí —rió Mandell—. De modo que debo manejar solamente CUATRO nombres.

—Webb, Belov, Grace... y Banovsky —repitió ella.

—Eso es. Cuatro posibilidades. Grace es la más remota. No creo que sea una mujer la culpable, aunque nada hay contra esa posibilidad. Es sólo puro instinto lo que me hace hablar así.

—De un modo que, por eliminación, si no fuese ninguno de los comandantes que gobiernan la nave, nos queda sólo un sospechoso.

—Igor Banovsky —sonrió fríamente Mark.

—Igor... Un técnico espacial, precisamente. Un veterano de vuelos cósmicos en la URSS.

—Sé lo que piensas. Lo que pensaría Belov. O cualquier otro compatriota tuyo como americano, quiero acusar a alguien que no sea de mi país. Es un error, Katia.

—No he dicho eso.

—Lo pensarías, inevitablemente. Pero te repito; es un error. Porque, ciertamente, yo no he descartado nunca a Grace Hogan por completo. Ni tampoco a mis comandantes, pese a su veteranía y prestigio. Precisamente ahí, puede radicar la clave del problema. Un surmenage del espacio, un fenómeno mental causado por larga exposición a las radiaciones cósmicas... Todo es tan complejo y oscuro, Katia...

—Mark, ¿por qué quebrarte la cabeza en eso? Nunca tendrás pruebas concretas... Y si las hay, ¿servirían de algo ya?

—Posiblemente, no —se encogió Mark de hombros. Fue luego a la computadora, que emitía un significativo zumbido—. Creo que ya tengo ahí las fichas respectivas, Katia...

Se encaminó a la computadora. Contempló las fichas que salían de la máquina, disparadas automáticamente. Leyó los nombres respectivos: Katia Yurhin, Igor Banovsky, Mark Mandell, Jonathan Webb...

Súbitamente, se quedó todo a oscuras. Se inmovilizó la máquina, a falta de salir la última ficha, la de Lev Belov.

Quedó solamente la claridad azul y difusa de un planeta Tierra sólo iluminado en menguante por el sol. Una tajada azulina, perdida en la negra noche del Cosmos...

Todo paralizado. Máquinas, luces, sistemas electrónicos, energía a bordo.

Silencio repentino. Mortal.

¿Qué significa...? —musitó Katia, asustada, corriendo junto a él.

—La energía. Toda. Ha dejado de ser suministrada a la nave... —dijo Mark. Y bien sabía él lo terrible que la ausencia de energía podía ser.

Era el fin de todo; sistemas de seguridad, de vuelo, de control, de equilibrio, gravitación, aire acondicionado, oxígeno respirable...

La ausencia de energía, era la muerte para la nave. Y para todos

ellos.

CAPITULO V

—¿Se puede hacer algo? —tiritó de frío Lev Belov.

—No, señor —resopló Mark ahogadamente.

Regresó con calma de los controles de distribución energética y los indicadores de energía nuclear. Su rostro era sombrío. Su aliento provocó denso vaho. La temperatura, a bordo, descendía vertiginosamente. La calefacción no funcionaba. El aire empezaba a ser gélido. Y viciado.

—¡Algo tiene que hacerse! —aulló Webb, descompuesta la expresión—. Mandell, eres experto en energía nuclear. Tenemos un par de reactores de reserva, ¿no?

—Pero nos faltan conductos —replicó Mark.

—¿Cómo has dicho?

—Nos faltan conductos —repitió Mark—. No hay sistemas de distribución de esa energía o la solar. Todo está quemado.

—¿Quemado? —balbuceó Banovsky, muy pálido.

—Eso dije, quemado. Alguien provocó un cortocircuito silencioso en los cuadros de control de la distribución de energía. Tubos, cables y emisoras de energía atómica o solar, están rotos, abrasados. Llevará días reponerlos, si es que hay repuestos. Y sólo aire respirable y temperatura vital para unas horas, muy pocas.

—Utilicen trajes espaciales —pidió Belov secamente—. Y recoja cada uno un depósito portátil de oxígeno concentrado.

—Tienen validez para diez horas —le recordó Webb—. ¿Y después...?

Se encogió de hombros Belov.

—Después... que ocurra lo que sea. Mark, ¿se podría, cuando menos, intentar traer algo de energía a una o dos estancias de la nave, lo suficiente para tener luz, para respirar y no helarnos?

—Tal vez pueda hacerse. Pero el resto de la nave se congelará. Y dudo que podamos mantener, en ese caso, la estabilidad y gravitación de la nave...

—De todos modos, hazlo, Banovsky, acompaña a Mandell a trabajar en eso.

—Sí, comandante.

Ambos se ausentaron. La temperatura seguía descendiendo. El aire se hacía más dificultoso para la respiración.

* * *

Banovsky se quedó mirando fijamente a Mark.

—Sospechas de mí, ¿verdad, Mandell?

—No he dicho eso —negó Mark.

—Deberías ser sincero. Yo también sospecho de ti.

—Vaya... De modo que la mutua desconfianza hace presa en nosotros —sonrió Mark, con aspecto sarcástico.

—Forzosamente, Mark. La situación...

—También puede ser uno de los otros, Igor. ¿No lo has pensado?

—Por supuesto. Pero tú reúnes mejores condiciones para el sospechoso ideal. Eres el experto en energía...

—Y tú, en técnica espacial, Igor. Recuerda que yo evité que el reactor atómico terminara con todos nosotros.

—Eso es cierto —el ruso sacudió la cabeza, pensativo—. Cielos, Mark, ¿entiendes algo?

—Quiero entenderlo. A veces, creo estar cerca de la solución. Y se me escapa...

—¿Qué solución, Mark?

—Esta misma vez... Tengo la teoría, los datos... De repente, todo se alteró. Nos quedamos sin energía, sin computadora. Incluso los equipos de reserva están inutilizados. ¡La computadora no pudo completar sus datos personales. Alguien lo sospechó o estaba espiándome..., y actuó. No sé si a tiempo o no. Sólo me faltaba la ficha de Belov...

—¿El comandante? —Banovsky meneó, enfático, su cabeza, en sentido negativo—. Imposible, Mark. El es un gran tipo. Lo fue siempre.

—Oh, claro. Y Webb, y tú, y yo... Todos somos estupendos tipos, pero uno de nosotros está completamente loco, y busca la destrucción masiva de la expedición.

—Y, por si fuera poco, esa maldita enfermedad, virus gigante o lo que sea... —rezongó con ira Banovsky, ayudándole a reponer los más elementales sistemas de transporte de energía, cuando menos a la cámara de reuniones.

A su alrededor, ya el hielo formaba una delgada capa vidriosa, y sus cuerpos se iban enfriando, pese a las ropas térmicas. Respiraban de sus depósitos de reserva.

—La enfermedad de muerte... —Mark sacudió la cabeza—. Una cosa se relaciona con otra, Banovsky.

—¿Cómo?

—Espera un poco. Tal vez pronto tenga una explicación concreta de todo. Tal vez...

Siguieron trabajando activamente. Todo parecía ya a punto para iniciar cuando menos un suministro de emergencia a la cámara de reuniones, cosa de dos horas más tarde. En el espacio, la ruta orbital de la nave estaba alterándose por momentos, al fallar todos los sistemas de a bordo.

Mark confiaba en que allá, en la Tierra, estuvieran haciendo ya algo a la desesperada para ir en auxilio de la estación orbital aislada en el vacío. Pero hiciesen lo que hiciesen, temía que iban a llegar tarde...

Demasiado tarde para su seguridad personal.

E incluso para el futuro de la nave...

* * *

Se hizo la luz. Zumbaron los sistemas de aire acondicionado.

—¡Al fin! —jadeó Belov, aliviado—. Mandell y Banovsky lo

lograron...

Poco después, se reunían los dos astronautas con los demás. Fueron felicitados, pero ninguno de ellos parecía excesivamente feliz por aquella victoria parcial.

Mark Mandell mostraba un gesto huraño, ceñudo. Webb se acercó a su subordinado y compatriota.

—Mark, ¿qué te ocurre, muchacho?

—Nada, comandante. Estoy asustado.

—¿Asustado? Todos lo estamos, Mark. No me hago ilusiones al respecto.

—De cualquier modo, debe intentarse algo más, comandante.

—Intentarse... ¿qué?

—Descubrir al autor de los sabotajes. Y destruir el vehículo de esas muertes horribles.

—Cielos... —le miró, perplejo, Webb—. ¿Nada más que eso?

—Sé lo que piensa. Pero no me he vuelto loco. Hay algo que me dice que existe un medio de conseguirlo todo. Tengo una teoría.

—¿Una teoría? —dudo Webb, pensativo.

—Vamos aparte —susurró, disimulado, Mark—. Preferiría que hablásemos ambos a solas. Usted y yo, comandante, podemos intentar resolver los problemas del *Voskod-Star I*, de una vez por todas.

—Me temo que te pases de optimista, Mark, pero... se encogió de hombros, tomándole por un brazo, y llevándole aparte—. En fin, escuchemos tu idea. Cualquier cosa es mejor que no hacer nada. ¿En qué has pensado, realmente?

—En localizar al saboteador. Y en terminar con la epidemia mortal que nos azota.

—Una utopía, diría yo. ¿Cuál es tu teoría?

—Una cosa se relaciona con la otra. Estoy convencido ya.

—Adelante, Mark. Te escucho.

—Uno de nosotros adquirió una enfermedad, una dolencia espacial, en otro viaje cósmico anterior. Un mal extraño,

posiblemente. Afectó a su mente. A su naturaleza toda, quizá. Eso no puedo asegurarlo aún. Pero *alguien* de esta tripulación, comandante, sufre ese mal, sin saberlo. Es decir, esa persona tiene DOS PERSONALIDADES. Una, la suya normal. Otra, la que crea su dolencia. Entonces se transforma. No es responsable de sus actos en esos momentos. Actúa movido por impulsos de ese mal cerebral que tanto le altera.

—Una teoría audaz, Mark. ¿Tienes algún fundamento para sustentarla?

—Sí, señor. Creo tenerlo... Sigamos ahora. Ese ser actúa contra sí mismo y contra todos, porque entonces deja de ser él mismo, para convertirse en otro. En alguien que aborrece todo lo humano, todo lo espacial... Y ataca. Y destruye.

—Parece tener sentido, aunque es complejo, Mark.

—Y entonces, ese saboteador, de nuevo en el espacio donde adquirió la dolencia, se hace doblemente peligroso. Se reactiva su mal. Y no sólo eso sino que, al abrir la escotilla de la Zona Neutra, para provocar el desastre... deja entrar en la nave a OTROS cuerpos espaciales, invisibles para nosotros. Germina así, aquí dentro, una nueva forma de mal, una especie de epidemia dantesca, que deja a los seres humanos sin esqueleto, desintegrado éste por el virus o células voraces, de naturaleza desconocida para los hombres.

—Sigue tu audaz fantasía —sonrió Webb—. Adelante, muchacho. ¿Adonde vamos a parar?

—A esto, comandante; creo que esa bacteria, virus o célula gigantesca que ataca a los humanos y los destruye, RESPETA al saboteador, porque SABE que es, en cierto modo, un "extraño".

—¡Cielos, Mark! Eso nos situaría ante un virus INTELIGENTE.

—Es que estoy seguro de que ese virus o célula gigante que yo vi flotar, como si tuviera alas... PIENSA Y NOS OBSERVA. Es posible que el propio mal de quien comete los sabotajes... sea una clase de enfermedad desconocida, un virus también inteligente, que posee, domina y maneja al enfermo, como a un títere de aspecto humano, pero nada más.

—En resumen, ¿qué piensas hacer? Todo eso son teorías increíbles y asombrosas, pero sin base científica, Mark. ¿Qué podemos intentar para probarlo sin lugar a dudas y, sobre todo, combatirlo con posibilidades de éxito?

—Una sola cosa, comandante. Quitar a esa "cosa" o gigantesca célula viva e inteligente, infiltrada aquí, su ambiente ideal, aquel que busca para sostenerse y esperar...

—No puedo entenderte del todo, Mark...

—Si se hubiera molestado en revisar los higrómetros de ciertos puntos de esta nave, usted entendería, comandante. Yo lo hice. Y eso, unido a ciertos datos más, me ha dado una idea muy aproximada de lo que busco...

—Sigue. Colaboraré contigo en todo.

—Se lo diré más tarde. Ahora, voy a hacer algo, preparando mi plan. Sólo es la operación inicial. Después... que Dios nos ayude.

—Conforme. ¿Cuándo cambiaremos impresiones de nuevo? —quiso saber el comandante Jonathan Webb.

—Dentro de... cuatro horas —sonrió Mark—. En la primera guardia... Nos toca a los dos, ¿recuerda, comandante?

—Perfecto, Mark. Dentro de cuatro horas.

Webb se retiró. Mandell, en silencio, también, pero en dirección opuesta. Esta vez le correspondía descansar. Sólo que Mark sacrificó esas horas de reposo. En vez de dormir para reponer fuerzas, se marchó de nuevo a la zona del reactor atómico y las baterías solares.

Y trabajó. Trabajó muy activamente, hasta muy tarde, durante todas las horas en que le supondrían los demás, entregado al sueño.

Cuando hubo terminado, respiró con alivio. Ya tenía otro conducto de energía. Lo hizo funcionar, graduándolo. Luego, manipuló un sistema de circuito automático. Respiró hondo y se encaminó al corredor vertical de la nave.

Subió a la Planta A, Superior.

A la cámara de las algas en cultivo. Al llegar, echó una ojeada al higrómetro. El grado de humedad relativa, dentro de la cámara, era del noventa y ocho por ciento. El más elevado en toda la nave. Dentro, otra vez, lucían las lámparas tenues, de claridad energética, para el cultivo de algas en la pileta.

Mandell sabía que tal vez ahora llegaba la gran prueba. El enfrentamiento a la muerte...

Y así fue.

De ese modo, Mark Mandell, solo en la cámara de algas, se encaró a su propio fin...

EPILOGO

(DESPUES DEL PROLOGO)

Lo había conseguido. Sólo en parte.

Al menos, allí estaba ahora. Frente al enemigo oculto. El ser abominable, inmerso en la piscina, violáceo y fofo, repugnante y horrible, recordando apenas a un ser viviente.

Y también el aleteante cuerpo viscoso, cristalino, abatiéndose sobre él, como una pesadilla viviente.

Y el silencio en la nave, y la puerta cerrada, y el silencio en los interfonos...

Y la voz que le anunció su muerte...

Ahora, sólo quedaba una cosa: morir.

* * *

Mark Mandell luchó en vano. Sabía que todo era inútil. Allí dentro, viendo ahora las formas alucinantes de la materia mortífera, viendo palpar, vivas y peligrosas, a aquellas algas, convertidas en corpúsculos monstruosos, quizá por un contagio biológico delirante, viendo al ser nauseabundo rozándole, sintiendo sobre sí el aleteo mortal y repulsivo de aquella célula viva e inteligente que le aniquilaba...

Pensó que, después de todo, sí había una solución. Y que él tuvo razón. El había acertado en sus teorías audaces. Pero ahora, si moría allí, vencido por sus enemigos de pesadilla, ¿de qué habría servido todo ello?

Absolutamente de nada. Su cuerpo sería lanzado al espacio, convertido en simples detritus invisibles..., como todos los demás.

Ahora, estaba viendo a uno frente a sí. Vivo, repugnante, deforme

ya, monstruosa evolución de una humanidad deshuesada...

Difícilmente, en aquella forma horrible, en aquella mutación ectoplásmica, Mandell pudo identificar a la profesora Lorelei Pearson, primera víctima de la dolencia cósmica...

—Dios mío, ella... Era el agente portador... —jadeó Mark, agobiado, en las aguas viscosas, por el acoso del enemigo mortal.

* * *

Justamente entonces, pareció estallar la luz en el interior de la cámara.

Como si un sol hubiera reventado, millares de watios penetraron, fulgurantes, por doquier, cegando a Mandell en un baño de luz radiante.

Hubo un alarido en la masa gelatinosa y amorfa, que empezó a derretirse, en goterones purpúreos... Hubo una convulsión en las algas, que se quemaron y desecaron velozmente, bajo aquel raudal calorífico y lumínico, imposible de soportar.

Y de la masa alada, del ectoplasma romboidal, con aspecto de ave flotante, no quedaba nada. Nada, salvo unas pavesas ardientes, que flotaban en la piscina, cuyas aguas comenzaban a hervir, virtualmente.

No quedaban algas a bordo. Pero tampoco quedaban monstruos ni seres de pesadilla.

Aquella avasalladora ola de calor, de fuego y de luz, había terminado con todo. Y allá, en la puerta metálica, sucedía algo...

Mark oyó los gemidos roncós, los estertores... Corrió, empujado de agua hirviente, que se secaba bajo el raudal de luz cegadora, ardiente. Probó a abrir la puerta. Y esta vez, resultó.

Allí lo encontró. Revolcándose entre los barrotes metálicos de la escala vertical, colgando informe, tumefacto, convulso... Pero reconocible su uniforme, su cabello canoso...

—Comandante Jonathan Webb... —recitó Mandell, horrorizado—. Era usted...

—Sí, yo... —jadeó él—. Gracias... por la... liberación final...

mucha...cho...

Quiso decir algo más, y no pudo. Su epidermis pareció reventar, romperse, como una vejiga repleta de algo viscoso y fétido, que chorreó abajo, formando un espeso líquido, una pulpa purpúrea y repugnante, que era todo lo que contenía ya el cuerpo y el cerebro del infortunado comandante.

Mark Mandell corrió luego, escala abajo, dominando su repugnancia, su horror, en busca de los demás.

Halló inconscientes a todos. Katia, Belov, Grace Hogan, Banavsky...

El aire olía a narcótico. Se disipaba por momentos. Ellos fueron recuperándose. Y tardaron en comprender la horrible historia que Mark Mandell les refirió...

* * *

—Mark... ¿Cómo supiste que era precisamente él, uno de nuestros comandantes?

—Tenía que ser alguien a bordo. Sospechaba de una dolencia desconocida, mental, venida del espacio. No podía imaginar que se trataba de una célula viva e inteligente, infiltrada en un ser humano, procedente de lejanos espacios cósmicos... El historial de Webb era nítido, revelador. Sufrió un extraño mal en Marte, del que sanó, sin dejarle huella. Eso me dio la clave. El mal seguía dentro. Estaba en él mismo... que ya no era él, en muchas ocasiones. Por eso sabotaba, destruía, aniquilaba... Por eso dejó a otras células agresoras, que provocaron la epidemia.

—Y cada afectado... se volvía uno de ellos, ¿no?

—Sí. Al deshuesarse, se hacían de su propia materia gelatinosa. Y movidos por una misma forma de pensar multivalente... Destruimos, por fortuna, algunos cuerpos... La profesora permaneció, oculta en las algas siempre. En humedad y bajo luces muy tamizadas... o en la oscuridad.

—¿Por qué supiste tal cosa?

—Porque tenía que ser ésa la explicación. Siempre atacaban en habitaciones más húmedas que las restantes, y con escasa luz.

Humedad y sombra... Como su punto de origen, sin duda... Por eso hablé con Webb. Sospechaba ya que era él la persona contaminada, y le llevé a una trampa, para que me atacasen... Y mi truco, conectando automáticamente una oleada de calor y luz nuclear, dio resultado, como preveía... Un gran resultado, Katia...

—Después de todo, Mark... volvemos con vida —miró a la Tierra—. Y hermanos todos...

—Sí, Katia, pequeña. Hermanos todos —suspiró, mirando al planeta, desde el "taxi" espacial que los reintegraba a su mundo, tras acudir en su auxilio, ante la ausencia de contacto con ellos—. Y, después de todo, a salvo. A esperar otra aventura espacial... que sea más benigna que ésta. Que nos una más a unos y otros. Tanto como a ti y a mí ahora...

Se miraron. Eran felices. Y volvían a la vida, a la felicidad, desde las sombras terribles de la más alucinante pesadilla vivida en el espacio por el Hombre...

F I N

[1] Téngase en cuenta que las algas son plantas celulares acuáticas, ricas en oxígeno, y productoras de este fundamental elemento químico para el aire respirable. Teóricamente, ya se acepta hoy en día su cultivo en futuros viales espaciales.

[2] Mezcla ruso-americana de un nombre simbólico: voskod, o alba; y star o estrella. Así, puede traducirse ese nombre compuesto, ruso-inglés, como Estrella del alba. Más tarde, el relato justificará tal circunstancia.